

67

8

Los Infelices

J. HAZAÑA

Repetido



J. HAZARD



# LOS INFELICES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA

Y

ARTURO GIL DE SANTIVANES

Estrenada en el teatro de la Alhambra el 31 de Marzo de 1880.



MADRID  
IMPRENTA DE R. MORENO Y R. ROJAS  
calle de los Caños, núm. 4

—  
1880

J. AZAÑA

## PERSONAJES

---

CARIDAD.....	SRA. TUBAU.
DOÑA CASTA.....	VALVERDE.
D. FABIAN.....	SR. ROSELL.
FEDERICO.....	AGUIRRE,
NICOLÁS.....	ROMEA.

---

## ÉPOCA CORRIENTE.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## ACTO PRIMERO.

---

Habitacion en una casa de campo, elegantemente  
amueblada.

### ESCENA PRIMERA.

---

FEDERICO.

Pues señor, no cabe duda:  
marido que es un truhan  
como yo, debe ocurrirle  
lo que ocurriéndome está.  
¿No me engolfo en las tormentas  
de la vida mundanal  
teniendo puerto seguro  
en este tranquilo hogar?  
¿No abandono la sagrada  
legítima propiedad  
para meterme en la ajena  
con intento criminal?  
¿No quiero dejar el blando  
nido de pluma y volar  
presuroso hácia otros nidos  
qué sabe Dios cómo están?  
¡Pues merezco, sí, merezco  
que me rajen en canall! (Pausa.)  
Yo era feliz en mi casa;  
pero no hay felicidad  
que más seduzca, que aquella  
que no se tiene.—¡Ja! ¡ja!... (Con ironía.)  
(Sentándose.)  
¿Qué me hubiera sucedido

si en vez de marcharme al Real  
me hubiera estado en mi pueblo,  
como era lo regular?

Que hoy á las dos comeria  
con toda tranquilidad  
con mi mujer, que es muy buena,  
y el alcalde del lugar,  
y el director de la casa  
de locos, y su mitad  
doña Casta, que me hace  
una gracia singular.

(Contemplando una tarjeta.)

¡Rufo Quiñones! ¡No hay duda!

Mañana me mandará  
sus padrinos... y pasado  
pagaré mi iniquidad.

¿Quién dijo miedo?... No obstante,  
le contaré á don Fabian  
el suceso... y que él me ayude  
si llega el trance fatal.

¿Quién se acerca? Mi costilla.  
Gracias que uno tiene ya  
muchas conchas... y es corrido  
y sabe más que Brijan.

¡Pobrecilla! Si supiera  
la espantosa bacanal  
en que ha estado su marido...

## ESCENA II.

—

FEDERICO y CARIDAD por la primera puerta izquierda.

CARIDAD. ¡Federico!

FEDER. ¡Caridad  
de mi vida! Dios te guarde.

CARIDAD. ¿Cuánto tiempo hace que estás  
en casa?

FEDER. Una hora.

CARIDAD. ¡Sin verme!



- FEDER. He querido respetar  
tu sueño.
- CARIDAD. ¡Mi sueño!... ¡Ingrato!...
- FEDER. ¿No has dormido bien?
- CARIDAD. No tal.  
¿Dormirías tú tranquilo  
si yo llegase á pasar  
las noches como las pasas  
tú?
- FEDER. No, no, hija mia... ¡cál  
(¡Dios me libre!)
- CARIDAD. Pues entónces,  
no te debe de extrañar...
- FEDER. ¡Eres un ángel! un ángel...
- CARIDAD. ¡Qué he de ser yo! ¡Quita allá!
- FEDER. ¿Que no?
- CARIDAD. Soy una de tantas  
mujeres, que siempre están  
soñando con su marido,  
sin querer ni ambicionar  
otro bien ni otra delicia  
que hacer su felicidad  
y merecer sus halagos  
y... pare usted de contar.
- FEDER. (¡Una infeliz!)
- CARIDAD. Con que mira  
si es cosa muy natural  
que haya pasado la noche  
pensando en tí.
- FEDER. Sí; es verdad.
- CARIDAD. ¡Pobrecillo! —me decia—  
ahora de fijo estará  
velando á la cabecera  
del lecho de Sandoval...
- FEDER. ¡Es verdad!
- CARIDAD. Llevado el pobre  
de su afecto y su piedad...
- FEDER. ¡Verdad!
- CARIDAD. Y apurando un trago...
- FEDER. (¡No, muchos tragos!)
- CARIDAD. Pero hay

que cumplir con los deberes  
sagrados de la amistad.»

¿Y cómo se halla el enfermo?

FEDER. ¿Cómo?... Pues le enterrarán  
mañana probablemente.

CARIDAD. ¡Qué dices! ¿Tan grave está?

FEDER. Sí... (Después de hacerle enfermo,  
ya le debo de matar.)

CARIDAD. ¡Me habían asegurado  
que tenía nada más  
que un constipado sencillo!

FEDER. Pues hija, es doble.

CARIDAD. Le habrá  
sobrevenido de pronto  
algun acceso...

FEDER. Cabal...

CARIDAD. Algun accidente...

FEDER. Justo.

Ayer, el doctor Magaz  
dispuso que le pusieran  
una cataplasma...

CARIDAD. ¡Ya!

FEDER. De linaza.

CARIDAD. Y tardarían...

FEDER. No.

CARIDAD. ¿No la hicieron?

FEDER. Si tal:  
se la hicieron de mostaza.

CARIDAD. ¡Jesus, qué barbaridad!

FEDER. La fuerza del consonante:  
como el nombre es casi igual...

CARIDAD. Y que haya en el mundo gentes  
tan aturdidas y tan...

FEDER. Qué quieres!...

CARIDAD. El desdichado  
se pondría...

FEDER. Claro está;  
con un vientre... (Si prosigo  
mintiendo, me va á pillar.)

CASTA. (Dentro.)  
¿Dónde está la señorita?

FEDER. ¿Quién es?  
 CARIDAD. ¡Doña Casta!  
 FEDER. (Ay!  
 Bendita sea su casta!)  
 CARIDAD. Aquí.  
 FEDER. ¡Pase usted acá!...  
 (Saludos expresivos y cariñosos.)

### ESCENA III.

---

Los mismos, Doña CASTA por el fondo.

CASTA. ¡Caridad! (Besándola.)  
 CARIDAD. ¡Santos y buenos!  
 FEDER. Siéntese usted.  
 CASTA. ¿Y qué tal  
 la velada?  
 FEDER. Medianilla...  
 CASTA. ¿Y el enfermo?  
 FEDER. Regular...  
 CASTA. ¡Y cómo se le conoce  
 la mala noche!  
 (A Caridad.)  
 CARIDAD. Sí.  
 CASTA. Está  
 muy pálido.  
 FEDER. ¿Mucho?  
 CASTA. ¡Mucho!  
 CARIDAD. Ya ve usted, es natural.  
 CASTA. ¡Y manchado!  
 FEDER. ¡Qué!  
 CARIDAD. ¿Manchado?  
 CASTA. Pues qué, hija mía, ¿no estás  
 viendo esa pechera?  
 FEDER. (¡Cielos!  
 ¡Los vestigios del *cognac*!)  
 CARIDAD. ¿Es cierto?...  
 FEDER. ¡Sí!... ¿Qué habrá sido?  
 ¡Ah!... Ya recuerdo... al tomar

un frasco... de hiper...cloruro  
y otro frasco de hipo...crás  
y otro de hipo...

CASTA. ¡Cuánto hipo!

FEDER. (¡Ya creo que á mí me da!)  
Y al echarlo en una taza  
y al mover y al preparar...

CASTA. ¿Sabe usted hacer enjuagues?

FEDER. ¿Yo? Sí señora. (¿Hablará  
con retintin?)

CARIDAD. ¿Y el ilustre  
doctor?

CASTA. ¡Calla, Caridad,  
no me hables de él!

CARIDAD. Pues ¿qué pasa?

CASTA. ¡Ay, qué hombre!

CARIDAD. ¿Quién? ¿Don Fabian?

CASTA. Maldita la hora en que vino  
á Leganés á curar  
locos... ¡Cá!... no, no los cura.  
Lo que quiere es aumentar  
la clase... Para él no hay nadie  
que esté en su juicio cabal.

FEDER. ¡Diablo!

CASTA. Un amago epiléptico,  
una tension muscular,  
una contraccion nerviosa,  
un accidente casual,  
un movimiento espasmódico  
que es la cosa más vulgar  
y sencilla que le puede  
sobrevenir á un mortal,  
se empeña en que es un principio  
de la horrible enfermedad.  
Ustedes que le conocen  
de antiguo...

CAR. y FED. ¡Sí!

CASTA. Extrañarán...

CARIDAD. ¡Ya lo creo!

CASTA. Hace tres dias  
ó cuatro que está fatal.

Se pára... (Accionando.)

CARIDAD.

¡Ay, Dios!

CASTA.

Habla solo...

Y se pone á pasear.

FEDER.

Todo eso es propio de sabios.

CASTA.

¿De sabios?

CARIDAD.

Tal vez.

CASTA.

Quizás.

¡Ay! ¿Por qué me casaría  
con un sabio?

FEDER.

(Riéndose.) ¡Es singular!

CASTA.

Y á mí no me importa nada  
que en su manía tenaz  
coja y ate—si se deja—  
á toda la humanidad.

Lo que me importa es que dice  
que yo comienzo ya á estar  
tocada de la cabeza,  
siendo así que quien lo está  
es él... y tiené muy poca  
gracia que un día, sin más  
ni más, me lleve á una jaula  
y me someta á algun plan,  
y me enseñe á los curiosos  
como si fuera un chacal.

FEDER.

Habrá notado algun sintoma...

CASTA.

Hombre, ¿quiere usted callar?  
¡Una mujer sin pasiones,  
que á los cuarenta de edad  
no le habia sucedido  
nada de particular!...

FEDER.

Esas son las más temibles  
cuando revienta el volcan.

CASTA.

¡Qué volcan! si mi existencia  
es un lago de cristal...  
En fin, ¡no he tenido novio!...

CAR. y FED. ¿Eh?

CASTA.

Quién no ha tenido un par  
de novios?

FEDER.

Cierto.

CASTA.

Tú misma,

con ser tan angelical,  
tuviste dos: tu marido  
y tu primo Nicolás.

CARIDAD. ¡Jesus!... ¡Mi primo! ¡Un muchacho  
de catorce años de edad!

CASTA. Pero era un novio...

FEDER. Seguro...

CARIDAD. Pero era un novio en agraz.

CASTA. Yo ni en agraz ni en almíbar:  
en fin, nada.

CARIDAD. ¿Y don Fabian?

CASTA. Ah, ¿conque ustedes no saben  
el sistema singular  
que empleó para llevarme  
al tálamo conyugal?

CARIDAD. No creo que usted nos haya  
dicho nada.

CASTA. Pues verás.

—¡Si hombre más extravagante  
no se ha visto ni verá!

Una tarde de Diciembre  
me vió salir del portal  
de la casa de mi amiga  
Encarnacion... y al pasar  
me dijo: —«Buena jamonal!»

FEDER. ¡Olé!

CARIDAD. ¿Y luego?

CASTA. En Navidad

se fué á mi casa con una  
anguila de mazapan...

CARIDAD. ¿Que usted no aceptó?

CASTA. ¡Pues claro!

¡Qué habia yo de aceptar!  
Lo que hice fué despedirle.

CARIDAD. Y arrepentido quizás...

CASTA. El primer dia de Pascua  
me llevó un pavo.

FEDER. ¡Ja! ¡ja!

CARIDAD. ¡Qué audacia tan inaudita!

CASTA. Y el segundo dia un par  
de capones de Vizcaya.

- CARIDAD. ¡Jesús, qué tenacidad!
- FEDER. ¿Y qué hizo usted?
- CASTA. ¿Yo?... Comérmelos.  
¿Qué había de hacer?...
- CARIDAD. ¿Hay tal?
- CASTA. ¿Pues no comprenden ustedes  
que hubiera sido capaz  
de llevarme poco á poco  
toda la tienda de Prats?
- CARIDAD. Si seguía con su empeño...
- FEDER. Y despues, ¿qué hizo el galan?
- CASTA. El dia primero de año  
se me presentó de frac  
y guante blanco, y me dijo:  
«¿Usted se quiere casar?»  
Miren ustedes, me puse  
como un pavo.
- FEDER. Es natural;  
se lo habia usted comido...
- CASTA. (Compungida.)  
Pues hice una atrocidad,  
porque el pavo aquel... trae cola!
- FEDER. Ya lo creo que traerá.
- CARIDAD. Vamos, vamos, doña Casta,  
no llore usted; don Fabian  
es un sujeto excelente...
- FEDER. Es un hombre muy formal.
- CARIDAD. No debe usted extrañarse  
que teniendo que lidiar  
con esos pobres, pronuncie  
ciertas frases, que se están  
diciendo todos los dias  
en el trato familiar.
- FEDER. Y á más un marido amante  
como el primero...
- CARIDAD. Que está  
preocupado con sus cosas...
- CASTA. Eso sí; no hay que quitar  
al César lo que es del César.  
Es más bueno que el buen pan.
- CARIDAD. ¡Cómo cuida á sus enfermos!

FEDER. ¡Con qué paciencia!

CASTA. Ejemplar.

Ayer vino una señora  
recomendada de un tal...  
no me acuerdo, él me lo dijo...  
La pobre...

(Indicando que está trastornada.)

CAR. y FED. ¿Sí?

CASTA. Empieza ya...

Pues bien: Fabian no descansa  
pensando en su enfermedad.  
La ha buscado una casita,  
y dice que va á atajar  
el mal desde su principio.

FEDER. Y sí que lo atajará.

Y anoche estuvo velándola.

CARIDAD. Si merecía un altar.

CASTA. Pero...

CARIDAD. No hay pero...

CASTA. ¡Ay! ¡Ustedes

vuelven la tranquilidad  
á mi pecho!...

CARIDAD. Pues ¡qué duda  
tiene!...

FEDER. No hay que pensar  
en eso.

CASTA. Me voy á misa.

Hasta luego, Caridad.

CARIDAD. Adios.

CASTA. Adios, Federico.

FEDER. Que esperamos á almorzar.

CASTA. Vuelvo en seguida.

FEDER. Y no piense...

CASTA. Ya voy tranquila... ¡Adios! ¡Ay!

#### ESCENA IV.

Los mismos, Don FABIAN por el fondo.

FABIAN. A los piés de usted, señora.

CARIDAD. Buenos dias, don Fabian.



FABIAN. Don Federico...

FEDER. (Abrazándole.) ¡Muy buenos!  
¿Viene usted de visitar  
la gente?

FABIAN. Es deber sagrado  
á que no falto jamás.

FEDER. ¿Y cómo anda aquello?

FABIAN. En orden;  
siempre en orden.

FEDER. (Abrazándole estrechamente.) Ajajá...

FABIAN. ¡Y dentro de un mes, dos altas!...

FEDER. ¡Un par ménos!...

FABIAN. ¡Justo, un par!

¡Si viera usted la alegría,  
la inmensa felicidad  
y el orgullo incomparable  
que esto me causa!... ¡Tornar  
á la luz esplendorosa  
de la razon un mortal  
sumergido en los celajes  
de la locura!... ¡Sacar  
á flote un sér anegado  
en la horrible inmensidad  
de un mar sin fondo ni orillas,  
más espantoso que el mar!  
Decir: «Esta alma que há poco  
vivía en la vaguedad  
de un mundo desconocido,  
ha vuelto á resucitar  
para el bien y la familia,  
y el amor y la amistad.  
La voz de un hijo adorado,  
de una esposa angelical,  
de un padre, no serán ecos  
que el pobre demente oirá  
con atónita mirada  
y con estúpida faz.  
Serán los ecos vibrantes  
de un concierto universal  
que penetrando en las fibras  
de su pecho, le herirán

como los ecos perdidos  
de la lejana heredad  
hieren al triste que torna  
á ver su patria y su hogar.»

CASTA. (¡Y pensar ¡ay Dios! que este hombre  
me causa un miedo cervical!...)

FABIAN. ¿No es cierto, don Federico,  
que esta lucha colosal  
de la ciencia, y este triunfo  
de un médico de lugar...  
merece bien que se tenga  
un poco de vanidad?

FEDER. Merece la apoteosis...

CARIDAD. Merece la general  
estimacion que usted logra.

FABIAN. Mil gracias por su bondad.

(Se vuelve y ve á Doña Casta.)

¡Hola!... (La mira fijamente.)

CASTA. ¡Hola!... (Con miedo.)

FABIAN. No sabia...

(¡Pobrecilla!) ¿Dónde vas?

CASTA. A misa.

FABIAN. ¿A las nueve y cuarto?  
Ya está el cura en el altar.

CASTA. Oiré la misa de doce.

FABIAN. ¿De doce? ¡Qué atrocidad!  
¡Pero eso es una locural...

CASTA. ¿Locura?...

FABIAN. ¿Te vas á estar  
tanto tiempo?... En fin, ya sabes  
que acato tu voluntad.

CASTA. Sí... ya lo sé...

FABIAN. (¡Pobrecilla!)

(Se queda ensimismado.)

CASTA. (¡Qué mirada tan tenaz!)  
Hasta despues... Federico...

(Haciéndole señas para que observe el estado de Don Fa-  
bian. Este se vuelve y la mira.)

(¡Ay, Dios!... ¡Qué miedo me da!) (Vase.)

## ESCENA V.

---

FEDERICO, CARIDAD, Don FABIAN.

- FEDER. Tiene usted á doña Casta soliviantada.
- FABIAN. (¿Quizás (Con recelo.)  
habrá sospechado?...)
- CARIDAD. Dice  
que usted se empeña en que está trastornada, y ella afirma que es usted.
- FABIAN. (Tranquilizándose.)  
¡Qué ingenuidad!  
¡Vamos, todo lo comprendo!
- FEDER. Usted la mira tenaz...
- FABIAN. ¡Pobrecita de mi alma!
- CARIDAD. Y debe usted procurar...
- FABIAN. ¡Pues no faltaba otra cosa!  
¡Pues si la quiero yo más que á mil...
- FEDER. ¡Marido sublime!... (Con envidia.)
- FABIAN. No, sublime no... tal cual.
- CARIDAD. A todos nos consta.
- FEDER. A todos.
- FABIAN. Mil gracias por su bondad.
- CARIDAD. Si usted me da su permiso, voy adentro á preparar ciertas cosas...
- FABIAN. ¿Para darnos al pico? Bien, Caridad: es usted una anfitriona...
- CARIDAD. Lugareña.
- FABIAN. Sin rival.  
(Váse *Caridad* primera puerta izquierda.)

## ESCENA VI.

---

FEDERICO y Don FABIAN.

- FEDER. (Pues señor, no cabe duda; debo decirle el mal paso

que anoche dí, por si acaso  
necesito de su ayuda. (Pausa.)  
¿Don Fabian?

FABIAN. (Saliendo de su habitual abstraccion.)  
¿Eh?

FEDER. (Bajando la voz.) ¿Me concede  
usted un breve momento?

FABIAN. ¿Yo? (Con recelo.)

FEDER. ¡Chist!

FABIAN. ¡Diantre! (Sobresaltado.)

FEDER. Tome asiento...

Siéntese usted.

FABIAN. (Sentándose con temor.)

¿Qué sucede?

FEDER. (Sin atreverse á hablar decididamente.)  
Usted sabe que hay sentencias  
hijas de un saber profundo...  
y sabe usted que en el mundo  
engañan las apariencias.  
Yo soy un hombre de bien...  
Sé cumplir con mis deberes...  
Mas... me gustan las mujeres.

FABIAN. ¡Qué demonio! A mi tambien.

FEDER. Usted me tendrá por loco,  
pero... en viendo un buen palmito...  
vamos... yo me despepito...

FABIAN. ¡Qué diablo! Y yo me disloco.

FEDER. Y no es que yo considero  
que hago bien..

FABIAN. Oh, no, no tal.

FEDER. Hacemos mal.

FABIAN. Sí, muy mal.

FEDER. ¡Una infamia!... Pero...

FABIAN. Pero...

FEDER. La costumbre...

FABIAN. Los resabios...

FEDER. Uno no ve...

FABIAN. No repara...

FEDER. Pero hombre, ¿quién sospechara  
que usted, sabio entre los sabios,  
que á todo el mundo fascina

con su profundo saber...

FABIAN. Bien. ¿Y qué tiene que ver esto con la medicina? Ni Hipócrates ni Galeno cortaron esta dolencia; y una cosa es tener ciencia...

FEDER. Es verdad.

FABIAN. Y otra ser bueno. (Pausa.)  
Usted es malo.

FEDER. Yo, sí.

Y usted también.

FABIAN. Ya lo he dicho.

FEDER. Soy víctima de un capricho.

FABIAN. Lo mismo me pasa á mí.

LOS DOS. ¡Silencio!

(Se levantan á explorar y vuelven á sentarse. Este juego escénico se hará con la uniformidad necesaria para que resulte cómico.)

FEDER. Yo á mi mujer  
la dije ayer que tenía  
que ir á Madrid, pues debía  
velar á un enfermo. Ayer  
terminaba el Carnaval,  
y convertido en Tenorio,  
sin apellido notorio...

FABIAN. ¡Pillo!...

FEDER. Lancéme al Real.  
Allí me puse al servicio  
del diablo... Gocé sin tasa...  
Mucha broma... mucha guasa...  
Mas cansado del bullicio,  
al romper una mazurka,  
fui á completar el bromazo  
al *restaurant*, dando el brazo  
á una griega y una turca.

FABIAN. ¡De allí saldria usted luégo  
con dos... casi estoy seguro!

FEDER. ¡Ay, don Fabian! ¡En qué apuro  
me ví!

FABIAN. Vendria algún griego  
siguiéndole á usted las huellas.

- FEDER. No señor: un bravucon  
á quien pegué un pisoton  
que le hizo ver las estrellas.  
(Dándole un pisoton.)
- FABIAN. ¡Ay!
- FEDER. Eso dijo el doliente,  
echando un taco redondo.  
Me insulta, yo le respondo,  
hay el cambio consiguiente  
de tarjetas... el *cognac*  
envalentona á cualquiera,  
y yo le doy la primera  
tarjeta que hallo en el frac.
- FABIAN. ¿De otro?
- FEDER. ¡De otro!
- FABIAN. Eso atestigua  
su prevision... Ya por dónde  
sabe el tal...
- FEDER. ¿Y quién responde  
de que ese tal no averigua  
mi nombre y mi paradero?
- FABIAN. ¿Y cómo? No es fácil que halle...
- FEDER. ¿Y si me encuentra en la calle?
- FABIAN. Pudiera ocurrir...
- FEDER. Yo espero...  
si la fortuna me ampara,  
que dé al olvido la historia  
y se extinga en su memoria  
el recuerdo de mi cara.  
¡Si me dieran las viruelas!...
- FABIAN. ¡Hombre, por un desafío!...
- FEDER. ¡A muerte!
- FABIAN. ¡Bah! Amigo mío,  
descuide usted... no habrá esquelas  
de defuncion...
- FEDER. Sin embargo,  
si ese hombre se empeña y viene...
- FABIAN. Si viene, se le detiene  
en sus iras... yo me encargo  
de apaciguarle.
- FEDER. ¡Ay, doctor!

Usted mi esperanza alienta!

FABIAN. Con su razon y su cuenta.

FEDER. ¡Cómo!

FABIAN. Favor por favor.

FEDER. ¿Usted tambien necesita? (Asombrado.)

LOS DOS. ¡Silencio!

(Mirando alrededor, pero sin levantarse.)

FABIAN. Ha venido ayer

á este pueblo una mujer

muy bonita... ¡muy bonita!

Dispense usted si me hechizo

pensando en ella y la alabo,

y me engrío...

FEDER. ¡Bravo! ¡Bravo,

doctor! (Frotándose las manos.)

FABIAN. Y hasta poetizo.

De esas de mirada audaz

que responden á un «Te adoro»

*con el arrullo sonoro*

*de la paloma torcaz:*

cabeza flexible y breve,

boca cual rosa en el valle,

lindo hoyuelo, lindo talle,

pié pequeño y mano leve.

Su cabello es una red

que tejió el amor quizá...

FEDER. Y esa mujer ¿dónde está?

FABIAN. ¿Por qué lo pregunta usted?

FEDER. No, por nada; no es que á mi  
me importe de su belleza.

FABIAN. Pues, franqueza por franqueza:

vive muy cerca de aquí.

FEDER. Don Fabian, ¡yo me confundo!

FABIAN. ¿Por qué?

FEDER. Porque esto es muy grave:

si doña Casta lo sabe...

FABIAN. ¡Si lo sabe todo el mundo!...

FEDER. ¿Que adora usted á esa bella?

FABIAN. No, que está bajo mi amparo.

FEDER. ¡Qué descaró!

FABIAN. No, el descaró

es de ella.

FEDER. ¡Cómol...

FABIAN. De ella.

Yo la conocí en Algete

FEDER. ¡Buen pueblo!

FABIAN. Y la di al olvido...

Yo quiero ser buen marido,  
pero ella me compromete.

Despues la ví en Aravaca,  
y hoy me viene persiguiendo,  
y fingiendo...

FEDER. ¿Qué?

FABIAN. Fingiendo

¿qué dirá usted? que es maniaca.

FEDER. ¡Ah, pícala!

FABIAN. ¡Qué mujeres!

FEDER. ¿Y está bien en su manía?

FABIAN. ¡Colosal! Hoy me decia:

«¿Qué más quieres? ¿qué más quieres?  
De hoy más me puedes mirar;  
de hoy más te puedo yo ver,  
y no nos podrán morder  
los brutos de este lugar.»

FEDER. Mil gracias.

FABIAN. Hay ocasiones  
en que finge de tal suerte,  
que me asusto.

FEDER. ¿Conque es fuerte  
en fingir perturbaciones?...

FABIAN. Nuestra ayuda será activa.

FEDER. No cabe desconfianza.

FABIAN. Auxilio mutuo.

FEDER. Alianza  
ofensiva y defensiva.

FABIAN. No se nos vaya una frase...

FABIAN. Ni una palabra siquiera...

FABIAN. Si mi mujer comprendiera...

FEDER. Si Caridad sospechase...

Y luégo, nuestra opinion,  
nuestra fama...

FABIAN. ¡Digol... ¡digol...



FEDER. Usted don Fabian amigo,  
pasa por un bonachon.  
FABIAN. Y usted por un infeliz...  
FEDER. Es preciso ser muy cautos.  
FABIAN. Si llegan á estar en autos...  
FEDER. Si saben nuestro deslíz...  
FABIAN. ¡Qué dirán en Leganés!  
FEDER. ¡Silencio!  
FABIAN. ¿Quién?  
FEDER. Caridad.  
¡Prudencia!  
FABIAN. ¡Serenidad!  
FEDER. (¡Qué pilló!)  
FABIAN. (¡Qué tuno es!)

## ESCENA VII.

---

Los mismos y CARIDAD.

FEDER. Tú... tú... tú... tú...  
FABIAN. Ta... ta... ta...  
CARIDAD. ¿Están ustedes cantando  
un duo?  
FABIAN. Sí.  
FEDER. Como somos  
los dos tan aficionados...  
FABIAN. Federico recordaba  
el duo aquel del *Traviatto*,  
que diga, la *Traviatta*.  
CARIDAD. Ah, sí.  
FEDER. Aquello de... *Bebiamos*,  
*bebiamos, bebiamos...*  
FABIAN. ¡Aprieta!  
CARIDAD. ¡Jesus, qué voz!  
FABIAN. Voz de gallo.  
FEDER. Estoy un poco...  
FABIAN. Sí, afónico.  
CARIDAD. ¿Sabes lo que estoy pensando?

Que debias acostarte  
á dormir.

- FEDER. ¿Dormir?  
 CARIDAD. Un rato,  
 ¿verdad?  
 FABIAN. No hallo inconveniente.  
 FEDER. Pero si no estoy cansado...  
 CARIDAD. ¡Por fuerza!  
 FEDER. Que no, hija mia.  
 CARIDAD. Toda la noche velando  
 á un enfermo...  
 FABIAN. ¡Pobrecillo!  
 CARIDAD. ¡Y grave!  
 FABIAN. ¿Grave? ¡Qué diablo!  
 CARIDAD. Doña Casta ya lo dijo  
 al entrar:... está muy pálido.  
 ¿Verdad?  
 FABIAN. Un poco.  
 CARIDAD. Yo creo  
 que tiene fiebre.  
 FEDER. (¡Canastos!  
 ¿A que me ponen á dieta?)  
 CARIDAD. ¿Quiere usted pulsar?  
 FABIAN. Veamos...  
 Psth... un poco intercadente:  
 se conoce que ha bailado,  
 es decir, que ha estado en danza...  
 CARIDAD. Ya comprendo... ¡No es extraño!  
 Los enfermos necesitan...  
 FEDER. (¡No quiero dormir!)  
 FABIAN. Pues vamos,  
 no necesita del sueño,  
 no señora, no... á sus años  
 la sangre corre impetuosa...  
 FEDER. Y que yo sólo descanso  
 de noche.  
 FABIAN. Sí, ya se advierte....  
 CARIDAD. Disponiendo bien el cuarto...  
 FEDER. Y además, que no he ido á misa...  
 FABIAN. Ah, entónces...  
 FEDER. Es necesario

- que vaya á cumplir...
- CARIDAD. Pues mira,  
no habia yo reparado...
- FEDER. Tú, siguiendo tu costumbre,  
la habrás oido temprano...
- CARIDAD. A las seis.
- FEDER. ¿Y usted?
- FABIAN. (Distraido.) Tampoco;  
pero iremos...
- FEDER. Pues andando,  
que deben estar las once  
al caer... Son ménos cuarto.  
¡Adios, mi bien!
- FABIAN. (¡Y la mimal!)
- CARIDAD. No tardes mucho.
- FEDER. No tardo.
- FABIAN. (¡Y la besa! ¡Qué embustero!  
¡Y oye misa! ¡Qué sarcasmo!)
- CARIDAD. (Hablando aparte con don Fabian.)  
Doctor, diga lo que diga,  
temo que se ponga malo.
- FABIAN. ¡Qué ha de ponerse!
- CARIDAD. Confio  
en usted.
- FABIAN. Queda á mi cargo.  
(Vánse los dos.)

## ESCENA VIII.

CARIDAD sola.

Y ahora, miéntras dan la vuelta,  
leeré.. (Se sienta.) Pero ¡qué obstinado  
es Federico! (Revuelve los libros.) *Fabiola...*  
lo he leido tres ó cuatro  
veces... *Atala...* doscientas...  
*Bertoldo*, mil... ¿Dónde he echado  
yo? ¡Ah, sí! Aquí está... *La perfecta*  
*casada...* El mejor regalo,  
segun dice Federico.  
Y sí será. (Riéndose.) ¡Qué cuidado

pone en traerme lectura  
 ejemplar! Pero él en cambio  
 lee unas novelas que tienen  
 unos títulos tan raros...  
 El otro día ví una  
 en la mesa del despacho...  
*La camisa de la Lola.*  
 ¡Vaya un nombre estrafalarío  
 de libro! Y también le gusta  
 Paul de Cock... Aunque pensando  
 piadosamente, presumo  
 que no es que le guste... ¡Es claro!  
 ¡Qué ha de gustarle un ingenio  
 de color tan pronunciado!  
 Lo que ocurre es que ha leído  
 lo bueno... y busca lo malo  
 por alternar...

## ESCENA IX.

CARIDAD y NICOLÁS.

- NICOLÁS. (Dentro.) ¡Há de casa!  
 ¿Doña Caridad Manzano  
 de Rojas?
- CARIDAD. ¡Calla!... ¡Preguntan  
 por mí!...
- NICOLÁS. Pase usted recado,  
 y anuncie usted á su primo  
 don Nicolás.
- CARIDAD. ¡Cielo santo! (Con júbilo.)
- NICOLÁS. ¿Está en la sala? Corriente;  
 no es preciso...  
 (Sale á escena.)
- CARIDAD. ¿Estoy soñando?  
 ¡Nicolás!
- NICOLÁS. ¡Cómo! ¿Es posible?  
 ¿Eres tú? ¡Venga un abrazo!
- CARIDAD. ¡Y cien!
- NICOLÁS. ¡Chica!
- CARIDAD. ¡Qué sorpresa!

- NICOLÁS. ¿Sabes, hija, que has cambiado de un modo?... ¡Estás portentosa! (¡Vaya si lo está... canario!)
- CARIDAD. Siéntate... ¿Y tus padres?
- NICOLÁS. (Con mucha desenvoltura ahuecándose el cabello.)  
Buenos.  
En Berlin los he dejado...  
¿Y tu marido?
- CARIDAD. En la iglesia.
- NICOLÁS. ¡Hola! ¿Con que es buen cristiano?
- CARIDAD. Bueno en todo.
- NICOLÁS. ¿Y rico?
- CARIDAD. Me ama.
- NICOLÁS. Bien. ¿Y esta casa de campo es suya?
- CARIDAD. Sí.
- NICOLÁS. ¡Muy bonita!  
¿Estarás aquí de paso?
- CARIDAD. Soy labradora.
- NICOLÁS. ¡Magnifico!  
Pues chiquilla, no me canso de verte... ¡Estás deliciosa!
- CARIDAD. No seas exagerado.
- NICOLÁS. De veras.
- CARIDAD. Con que tus padres...
- NICOLÁS. Van siguiendo paso á paso mi carrera.
- CARIDAD. ¡Pobres tios!
- NICOLÁS. ¡Me tienen sacrificado!
- CARIDAD. Nicolás, no digas eso.
- NICOLÁS. ¡Si no me dejan!
- CARIDAD. ¡Ingrato!  
¿Y eso te duele?
- NICOLÁS. Oye y juzga.  
Me nombraron agregado en Berlin, y á los diez dias, ¡paff! ¡los dos!
- CARIDAD. ¡Te quieren tanto!
- NICOLÁS. Despues marché con ascenso á Stokolmo, y en el acto dispusieron la partida

y á Suecia.

CARIDAD. Dan muchos ánimos  
los hijos.

NICOLÁS. Al año justo,  
fui de primer secretario  
á Rusia.

CARIDAD. ¿Y fueron?

NICOLÁS. ¿Si fueron?

Y... ¡pásmate! ¡no se helaron!

CARIDAD. Es que la vista de un hijo  
da un calor extraordinario...  
bien lo sabes.

NICOLÁS. Y hace poco  
de nuevo me trasladaron  
á Berlin, y allí los tienes  
dispuestos á dar el salto  
por quinta vez, y marcharse  
el dia ménos pensado  
á los Estados-Unidos  
ó á China, tan campechanos,  
tan frescos, como te irias  
tú á Chamberí ó á Buitrago.

CARIDAD. ¡Dichoso perseguiamiento!

NICOLÁS. No tanto, chica, no tanto.  
Ya sabes que á mí me gusta  
la libertad... que mis hábitos  
son distintos...

CARIDAD. Sí, ya tengo  
noticia de que has dejado  
buena fama en todas partes.

NICOLÁS. ¡Psth!

CARIDAD. Sé que has tenido varios  
lances de honor...

NICOLÁS. Poca cosa...  
Los maridos son tan sandios...

CARIDAD. ¿Qué dices?

NICOLÁS. Chica, no creas  
que yo los he provocado,  
ni vayas á presumirte  
que soy un sér legendario,  
ni un bravucon pendenciero,

ni un matachin infatuado.  
Lo que sucede es que muchas  
veces se vienen rodando  
los lances... y no hay remedio,  
Caridad, hay que afrontarlos.

CARIDAD. Si tú no los provocaras...

NICOLÁS. Pero si salen al paso...

CARIDAD. ¡Bah, bah!

NICOLÁS. Ayer, sin ir más léjos,  
me tropecé en el teatro  
Real con un majadero,  
un cursi..

CARIDAD. Y tuviste...

NICOLÁS. ¡Es claro  
que tuve!

CARIDAD. (Asustada.) ¿Y vas á batiarte?

NICOLÁS. ¿Qué he de hacer? Es necesario  
enseñar al que no sabe  
beber.

CARIDAD. Ah, no; si has pensado  
que despues de tanto tiempo  
vuelves aquí para darnos  
un disgusto, te equivocas.

NICOLÁS. No tengas miedo; no trato  
de hacer que llegue la sangre  
al rio.

CARIDAD. Pero...

NICOLÁS. Un sablazo  
que le baje un poco un hombro,  
ó le deje derrengado,  
para escarmiento de necios.

CARIDAD. ¡Qué horror!

NICOLÁS. Lo bueno es que me hallo  
de *ocultis*.

CARIDAD. ¿Qué?

NICOLÁS. Sin licencia.

CARIDAD. Y has ido á dar un escándalo  
á un baile para que sepan  
todos...

NICOLÁS. No; en eso fuí cauto:  
ni dí mi nombre, ni quise

- prolongar el espectáculo...  
y ya arreglaré de modo...
- CARIDAD. Pues, hijo, te has engañado,  
porque ya te tengo preso  
en Leganés.
- NICOLÁS. (Riéndose.) Es el caso  
que justamente se encuentra  
en Leganés mi contrario.
- CARIDAD. ¿En Leganés?
- NICOLÁS. Lo que oyes.
- CARIDAD. Si este es un pueblo de cuatro  
vecinos, todos muy buenos...
- NICOLÁS. Pues hay alguno que es malo.  
(Remedándola.)
- CARIDAD. Vamos, te digo...
- NICOLÁS. Te digo  
que aquí vive un mamarracho  
*suripantesco*.
- CARIDAD. ¡Imposible!  
De fijo te han engañado.  
¿Cómo se llama?
- NICOLÁS. Se llama...

## ESCENA X.

---

Los mismos, FEDERICO, Don FABIAN y Doña CASTA.

- FEDER. Pues señor, muy bien; ya estamos  
de vuelta todos.
- NICOLÁS. (Poniéndose en pié.) ¿Qué miro?  
¡Él!
- CARIDAD. ¿Quién es él?
- FEDER. (¡Cielo santo!  
¡Aquí don Rufo Quiñones!)  
Caballero... usted...
- NICOLÁS. Yo...
- FEDER. Acaso  
viene usted...
- NICOLÁS. Yo vengo...
- FABIAN. Él viene...



verbo venir...

CASTA. (¿Qué haces, Fabian?)

FABIAN. (Tomo datos,  
por si esta gente comienza  
á sentir algun amago.)

CARIDAD. ¿Ustedes se conocian?

NICOLÁS. Nosotros...

FEDER. . . No, yo no caigo...

CARIDAD. Como al entrar mi marido  
te quedaste estupefacto...

NICOLÁS. ¿Tu marido?

CARIDAD. Y tú á la vista  
de mi primo te has quedado...

FEDER. ¡Cómo! ¿El señor es mi primo?  
¡Ay, primo! ¡Venga un abrazo!  
¡Cuántos deseos tenía  
de conocerte... y cuán gratos  
son para mí estos momentos!  
¡Pues poco que hemos hablado  
Caridad y yo del primo  
que tenjamos viajando  
por esos mundos!...

NICOLÁS. Mil gracias!

FEDER. (¡Por piedad!)

NICOLÁS. (¡Pierda cuidado!)

¿Con que tú eres Federico?

FEDER. El mismo... el mismo.

NICOLÁS. (¡Ah falsario!

¡Tiene su nombre de guerral...  
No le hacia yo tan largo.)

CARIDAD. Bien: pero vamos á cuentas,  
porque yo...

FEDER. ¿Pues qué ha pasado?

CARIDAD. Permíteme que relate  
el suceso,... al fin y al cabo  
ha de saberse.

FEDER. ¿Qué es ello?

CARIDAD. Que ayer tuvo en el teatro  
Nicolás un desafío  
con un pobre mentecato.

- FEDER. ¿Un mentecato?
- CARIDAD. Sí; un *cursi*  
*suripantesco*...
- FEDER. (¡Canario!)
- CARIDAD. Son sus palabras.
- FEDER. (¡Qué idea  
tan ventajosa ha formado  
de mí!)
- NICOLÁS. Yo me refería...
- CARIDAD. Permite, que pronto acabo.
- FABIAN. (¡*Malorum, malorum causa!*)  
(Doña Casta al ver los gestos de don Fabian, se retira re-  
losamente.)
- CARIDAD. Y estando en este relato  
llegas tú, y mi primo dice:  
«¿Qué miro?... ¡Él!»
- NICOLÁS. ¿Y tú?
- FEDER. ¡Ya caigo!...
- ¿Has presumido? ¡Divino!
- LOS DOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
- NICOLÁS. ¿Tú has sospechado  
que éste?...
- FEDER. ¿Que yo?...
- NICOLÁS. ¡Tiene gracia!
- FEDER. ¡Qué *quid pro quo* tan salado!  
Pero, hija mía...
- CARIDAD. Confieso  
que he tenido un sobresalto  
horrible, y que todavía...  
todavía...
- FEDER. ¡Por Dios santo!  
¿Tengo yo facha de *cursi*?
- NICOLÁS. ¿Puede ser un mamarracho  
tu marido?
- CARIDAD. Yo no quiero,  
Federico, hacerte agravios.
- NICOLÁS. Y en prueba de todo, mira  
la tarjeta que me ha dado  
mi rival... Aquí la tienes.  
«Fabian Gonzalez Castaño,  
licenciado en medicina.»

- CASTA. ¡Mi marido!!!
- CAR. y NIC. ¡Qué!
- FABIAN. ¡Canario!
- ¿Qué dice usted?
- NICOLÁS. (Aturdido.) ¡Caballero!
- FABIAN. ¡Poco á poco! Yo no paso...
- FEDER. (¡Don Fabian, usted me pierde!)
- CASTA. ¡Con que es decir, que has estado de baile!
- FABIAN. ¿Yo?
- CARIDAD. ¡Doña Casta! (Conteniéndola.)
- CASTA. ¡Infame!
- FABIAN. ¡Hombre, por los clavos de Cristo, hable usted!
- NICOLÁS. Corriente, hablaré...
- FEDER. (¡Calla!)
- NICOLÁS. (¡Pues callo!)
- CASTA. ¡Suripantesco! ¡Dios mio!
- ¡Ay! ¡A mí me va á dar algo!
- CARIDAD. ¡Don Fabian... pronto!
- FABIAN. ¡Esto clama á los cielos!...
- NICOLÁS. ¡Qué chubasco!
- FABIAN. (Corriendo á auxiliar á Doña Casta y haciéndola aire con el faldon de la levita.)
- ¡No, no, hija mia!...
- (Volviendo á insistir con Nicolás.)
- ¡Es preciso!
- CARIDAD. ¡Don Fabian!...
- FABIAN. Voy... (El mismo juego.)
- FEDER. (A Nicolás.) (¡Me has matado!)
- NIC. y CAR. (Quién habia de creerlo!)
- FAB. y FED. (Quién habia de pensarlo!)
- (Todos hablan y gesticulan al mismo tiempo. Movimiento y confusion consiguientes.—Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

---

NICOLÁS, Don FABIAN y FEDERICO. ■

NICOLÁS. Vaya, parece imposible que estés tan atolondrado. En resumen, ¿qué ha pasado? Nada, una cosa risible. ¿Que has ido á un baile? No creo que haya mal en ir á un baile. ¿Vas á estarte como un fraile en su celda? No, no creo que asi te quiera tratar mi prima, que al fin y al cabo tú no eres, chico, un esclavo comprado en Madagascar.

FEDER. Bastante causa ha tenido con mi engaño.

NICOLÁS. No es bastante.

¿Si las engaña un amante, no ha de engañar un marido? Yo viví siempre engañando, y así se vive mejor. ¿En qué piensa usted, doctor?

FABIAN. Le estoy á usted observando.

FEDER. Pero ¿su opinion de usted?

FABIAN. Mi opinion es muy sencilla: que doble usted la rodilla, y que implorando merced

entone el *yo pecador*.

NICOLÁS. ¿Y que su culpa propale?  
Eso no, nunca; más vale  
ser mártir que confesor.

FABIAN. Yo en la experiencia me fundo.

NICOLÁS. Yo me fundo en la experiencia;  
usted tendrá mucha ciencia,  
pero yo tengo más mundo.

FABIAN. Mas tenga usted entendido  
que si persiste en su engaño,  
yo soy quien recibe el daño,  
pues está comprometido  
mi buen nombre. Mi opinion  
ya pone en duda mi Casta,  
y esto francamente...

NICOLÁS. ¡Bastal  
¡No está usted mal camastron!

FABIAN. ¡Don Nicolás!

NICOLÁS. No se explica  
que no se muestre indulgente,  
cuando esta farsa inocente  
en nada le perjudica.  
Un marido y su mitad,  
y es una verdad probada,  
ó viven en paz armada  
ó en perpetua hostilidad.

FABIAN. Pero ¿y qué?

NICOLÁS. Que es necesario,  
si es que se quiere vencer,  
que tenga algo que temer  
de nosotros el contrario.

FEDER. Tienes razon, me decido;  
no confieso.

NICOLÁS. Harás muy bien.  
Nadie salió de un belen  
jamás sin haber mentido.

FABIAN. Pero...

NICOLÁS. ¡Silencio, doctor!

FABIAN. Pero es que yo...

FEDER. (¡Punto en boca,  
ó cuento lo de la local)

FABIAN. ¡Hombre!...

FEDER. (¡Favor por favor!)

NICOLÁS. Saldremos de dudas pronto.  
 La mujer.—lo sé al dedillo—  
 perdona al hombre que es pillo,  
 pero no perdona al tonto.  
 Recuerdo que en Inglaterra  
 empecé á hacer el amor  
 á una mujer, un primor,  
 ¡la gloria de aquella tierra!  
 Bajo la blanca escayola  
 de su hermosa tez británica,  
 guardaba el alma volcánica  
 de una morena española.  
 Correspondió á mi pasion  
 despues de muchos rodeos,  
 y á mis amantes deseos  
 rindió al cabo el corazon.  
 Pero una noche,—esto era  
 lo que contarles queria,—  
 estaba yo en compañía  
 de esa mujer hechicera.  
 En su elegante *boudoir*  
 pude al fin ser recibido  
 en ausencia del marido  
 que se fué al campo á cazar.  
 Iluminaba la estancia  
 una luz tibia y serena:  
 la atmósfera estaba llena  
 de encantadora fragancia.  
 Ella amante... yo rendido...  
 la pasion viva y despierta...  
 De pronto se abre la puerta  
 y se presenta el marido.  
 Diablo, chico... ¡qué bromazo!  
 Fué un lance de lo mejor.  
 ¿Qué dirá usted que hizo el lord?  
 FABIAN. ¿Le dió á usted un garrotazo?  
 FEDER. ¿Te dió una estocada á fondo?  
 FABIAN. Le... (Boxeando.)  
 NICOLÁS. Cá, no... me levanté,

saludó... le saludé...  
y nada... punto redondo.  
Pues con tono epigramático  
hice creer al simplon  
que iba allí por la gestion  
de un asunto diplomático.

FABIAN. ¡Pues señor, esa no cuela!

NICOLÁS. Le aseguro firmemente...

FABIAN. O era el lord más inocente  
que un chiquillo de la escuela.

NICOLÁS. Pues donde llegó á su colmo  
mi *bonheur*...

FABIAN. ¿Eh?

NICOLÁS. Mi fortuna,  
fué en mis amores con una  
secretaria en Stokolmo.  
En dos palabras explico  
á ustedes toda la historia.

FABIAN. (Con aire de tristeza.)

Monomanía amatoria.

¡Pobre chico! ¡Pobre chico!

NICOLÁS. Pues señor...

FABIAN. Y va de cuento.

NICOLÁS. Hombre, ¡qué duda más terca!  
Hace un año...

FEDER. Alguien se acerca...

Son ellas. Calla un momento.

FABIAN. (A Federico.)

¿Conque usted no dirá?...

FEDER. ¡Quiá!

Yo me callo como un muerto.

FABIAN. Yo hablaré.

FEDER. Cá, no por cierto;  
usted tambien callará.

## ESCENA II.

Dichos, CARIDAD y Doña CASTA con velos y devocionarios, que dejarán  
sobre la mesa.

NICOLÁS. Señoras... (Adelantándose.)

CASTA. Muy buenos días.



- FEDER. Felices...
- CARIDAD. ¡Caro doctor!...
- FABIAN. Señora, tengo el honor...
- CASTA. ¿Tú aquí?
- FABIAN. Sí.
- CASTA. ¿Pues no decias  
que hoy tendrías la mañana  
ocupada?
- FABIAN. Despaché  
antes de lo que pensé.
- FEDER. ¿Te ayudo?
- CARIDAD. No; ¡buena gana!  
¿Para qué? No necesito...
- FABIAN. ¿Vienes cansada?
- CASTA. Bastante. (Se contemplan.)  
No hay un marido tunante  
que no sea mimosito.
- FEDER. ¿Conque de la iglesia?
- CARIDAD. Sí.
- FEDER. ¡Pues largo lo habeis tomado!  
¡Dos horas habeis tardado!  
¿Qué haceis tanto tiempo allí?
- CARIDAD. ¿Y qué hemos de hacer? Rezar.
- FEDER. Pues por el tiempo, á Dios llega  
vuestro ruego.
- CARIDAD. Hay quien le ruega  
sin que Él la quiera escuchar.  
(Se sientan. Nicolás de pié en medio.)
- FABIAN. ¿Conque de rezar?
- CASTA. ¿Te irrita?
- FABIAN. ¡No os disteis mala faena!
- CASTA. Venimos de la novena.
- FABIAN. ¿La novena?
- CASTA. ¡A Santa Rita!
- FABIAN. Tu devocion no condeno,  
pero tu empeño es risible.  
¿Pides algun imposible?
- CASTA. Si tal; que Dios te haga bueno.
- NICOLÁS. (¡Pues señor, vaya un cuarteto!  
¡Cada cual gira en su esfera!  
Voy á ver si hallo manera

de convertirlo en quinteto.)

¡Ejem! (Se callan.) Señora... (A Doña Casta.)

CASTA. Dispense usted.

NICOLÁS. Federico... (Yendo á su lado.)

FEDER. Permite un instante, chico.

NICOLÁS. Don Fabian...

FABIAN. No puedo ahora.

NICOLÁS. Prima...

CARIDAD. Perdona un momento.

NICOLÁS. (Pues de su lado me alejan...  
ya que cantar no me dejan,  
haré el acompañamiento.)

(Siéntase al piano y ejecuta unas variaciones, ó coge un papel de música y tararea.)

FEDER. (A Caridad.)

Cesen tus cavilaciones...

¿No es mi conducta ejemplar?

¿Qué motivos puedo dar  
de enojos y disensiones?

CARIDAD. ¡Pero si no tengo nada!

¡Calló! ¿Qué más puedo hacer?

FEDER. ¡Es que no te quiero ver  
tan triste y preocupada!

CARIDAD. ¿Yo triste? (siguen hablando.)

FABIAN. ¡Estás muy jovial!

CASTA. ¡Vaya! ¡Mucho! (¡Fementido!)

¿Y estaba muy concurrido?

FABIAN. ¿Qué cosa?

CASTA. El baile del Real.

FABIAN. ¡Otra vez! (Con enojo.)

CASTA. ¡Hola! ¿Te pesa?

FABIAN. Es que ya en locura toca.

CASTA. Es preferible estar loca  
á ser tonta. (Chúpate esa.)

NICOLÁS. (¡Hay nublé! ¡Bien! Sus favores  
lograré si soy resuelto,  
que siempre á río revuelto  
ganancia de pescadores.)

FEDER. ¿Pero es que dudas de mí?

¿De mi cariño sincero?

CARIDAD. Federico...

FEDER. No, no quiero,  
no quiero que estés así  
(Se miran con arrobamiento. Nicolás toca ó canta *Las ha-  
bas verdes.*)

FABIAN. Son mis costumbres severas.

CASTA. No, hijo mio; aunque me avengo  
á callar, no es porque tengo  
tan anchas las tragaderas.  
Tu oratoria persuasiva  
ni me humilla ni me vence.

FABIAN. Mas...

CASTA. Nada, no me convence;  
me callo y trago saliva.  
(Nicolás toca ó tararea *Al atimon, al atimon, etc.*)

FABIAN. Ya te he dicho...

FEDER. (A Caridad.) Fué el doctor.  
Fíate del agua mansa...

CARIDAD. Pero...

FEDER. Está que no descansa  
con ese endiablado amor...

CARIDAD. Y ella ¿quién?

FEDER. Una coqueta,  
ó peor... una mujer.... (Siguen hablando.)

CASTA. ¿Me quieres hacer creer  
que no es tuya la tarjeta?

FABIAN. ¿Y eso prueba?

CASTA. Tus delitos.

FABIAN. Yo callé por evitar  
un disgusto.

CASTA. ¡Vaya un parl...  
¡Vaya un par de mariditos!

FABIAN. En fin, las paces hagamos.

CARIDAD. ¿Me juras?

FEDER. ¡Con toda el alma!  
¿Para qué vivir sin calma  
si con pasión nos amamos?

NICOLÁS. (¡Hola!)

FABIAN. Lo digo formal.

CASTA. (Tendiéndole la mano.)  
Aunque no estoy convencida...

- FEDER. Siempre eres luz de mi vida. (A Caridad.)  
NICOLÁS. (Evitemos el final.)  
¡Primos!
- FEDER. (Como si se apercibiera entonces de su presencia.)  
¿Eh? ¿Tú?
- CARIDAD. ¡Qué cachaza  
tienes!
- NICOLÁS. ¡Oh! ¡Mucha!
- FEDER. ¿Por qué  
no hablaste?
- NICOLÁS. Ya lo intenté,  
mas no pude meter baza.
- FEDER. Perdona estas groserías.
- NICOLÁS. ¡Qué disparate!
- CARIDAD. Perdona...
- NICOLÁS. ¿Quieres callarte?... ¡Qué mona,  
qué mona estás!
- FEDER. ¿Qué decías?
- NICOLÁS. Nada, su hermosura encomio.
- CARIDAD. Primo, belleza de aldea...
- FEDER. ¡Oh! Se me ocurre una idea...  
Vámonos al manicomio.  
Lo veremos. ¿Quieres?
- NICOLÁS. Chico,  
ese espectáculo...
- FEDER. Vamos.  
Dicen que todos lo estamos.  
¿Don Fabian?
- FABIAN. ¿Don Federico?
- FEDER. Mi primo tiene intencion  
de visitar sus clientes.
- FABIAN. ¿Mis clientes?
- FEDER. Los dementes.
- FABIAN. Siempre á su disposicion.
- FEDER. Entonces vamos andando.
- NICOLÁS. Pero hombre...
- FEDER. Ven y verás...
- NICOLÁS. Vamos, pues.
- FABIAN. (No está demas  
que se vaya acostumbrando,  
porque este... Y es un dolor;

- pero al fin vendrá á caer...)  
 FEDER. (Veré á ver si puedo ver  
 á la loca del doctor.)  
 FE. y NI. Adios.  
 CARIDAD. Hasta luégo.  
 CASTA. Adios.  
 CARIDAD. De los dos engaña alguno.  
 ¿Cuál de los dos será el tuno?  
 CASTA. Probablemente los dos.  
 (Vánse los tres por el fondo.)

### ESCENA III.

---

CARIDAD y Doña CASTA.

- CASTA. (Con gran interes.)  
 ¿Qué te ha dicho Federico?  
 CARIDAD. Me asegura que no fué  
 al baile, y echa la culpa  
 á su marido de usted.  
 CASTA. Lo mismo dice Fabian  
 del tuyo.  
 CARIDAD. ¿Tambien?  
 CASTA. Tambien.  
 ¡Ay! ¡Qué engañadas vivíamos!  
 ¿Quién creyera en tal doblez?  
 He contado el lance á algunas  
 amigas de buena fe,  
 y todas me han dicho á coro  
 al oír mis quejas:—«¿Quién,  
 tu marido?... ¡Es imposible!  
 Es la misma candidez,  
 es un buen señor, un ángel...»  
 Sí, sí, patudo.  
 CARIDAD. Está bien.  
 CASTA. Ahora comprendo la causa  
 de su conducta, de aquel  
 empeño en decir que yo  
 ya sentia amagos de  
 locura... ¡Qué más quisiera!

- CARIDAD. ¿Pero qué vamos á hacer?
- CASTA. No sé... ¡Yo que tú armaria  
la de Dios es Cristo!
- CARIDAD. ¿Y qué  
voy á lograr del escándalo?  
¿Puedo atraerme con él  
—si por mi mal la he perdido—  
de Federico la fe?  
No con gritos y amenazas  
logra el pastor atraer  
la oveja que se estravía  
de su redil á la red.  
Otras armas al combate  
debe aprestar la mujer  
para ceñir á su frente  
de la victoria el laurel.
- CASTA. ¿Y cuáles son?
- CARIDAD. La dulzura,  
la apacible sensatez,  
la prudencia provechosa  
y el cariñoso interes.
- CASTA. Cuanto más fiel es la hembra  
es el hombre más infiel.  
Ay, si yo no me encontrara  
al borde de la vejez,  
y en vez de cuarenta Eneros  
disfrutara veintitres  
Abriles, como tú tienes,  
y ese talle, y esa tez,  
y esos cabellos de oro,  
y ese dulce no sé qué,  
te aseguro que yo haria  
arrepentirse al infiel  
que no fuera á fuego ajeno  
si viera su casa arder.
- CARIDAD. Doña Casta, esas doctrinas  
no están bien.
- CASTA. Mas...
- CARIDAD. No están bien.
- CASTA. Como ellos están muy ciertos  
de nuestro amor y honradez,

se echan los dos en el surco  
diciendo:—«Aquella mujer,  
aquella infeliz, que pene,  
seguro estoy de su fe;  
por lo tanto, ancha es Castilla,  
viva el amor y el placer,  
que si un dia me fastidio,  
ó se mueve un somatén,  
ó me amenaza un chubasco,  
á mi casa volveré;  
y al ver que vuelvo, está claro,  
se callará y dos más tres.»

CARIDAD. Es verdad.

CASTA. ¡Pues ya lo creo!

CARIDAD. ¿Pero qué le hemos de hacer?  
Siempre fué ley la costumbre.

CASTA. ¡Pues bonita está la ley!

CARIDAD. ¡De modo que los dos niegan!

CASTA. ¡Contenerme no podré  
cuando le vea!

CARIDAD. ¡Prudencial  
Ante todo hay que tener  
pruebas.

CASTA. ¿Qué? ¿No son bastantes  
las que tenemos?

CARIDAD. No á fe.  
Quizás la pasion nos mueve,  
y en lances de tal jaez  
hay que asegurarse mucho  
para no echarlo á perder.

¿Al lado de dos enfermos  
dicen que estuvieron? Bien:

yo me informaré del uno;

del otro se informa usted.

Voy á escribir á los padres

de Sandoval; mandaré

la carta con el sobrino

del jardinero; volver

puede á la noche, y sabremos...

CASTA. Yo tambien me informaré  
de si pasó ó no la noche

- junto á esa pobre mujer.  
¡Ay de ellos si nos engañan!
- CARIDAD. ¡Ay de nosotras!
- CASTA. Eso es.
- CARIDAD. Siempre el daño será nuestro.
- CASTA. ¡Pero estamos en Belem!  
Tu primo está en el secreto.
- CARIDAD. Si.
- CASTA. Pues pregúntale á él.
- CARIDAD. Los hombres siempre se encubren.
- CASTA. No importa. Vamos á hacer,  
sondeándole con maña,  
que nos cuente...
- CARIDAD. Le hablaré.
- CASTA. ¡Como me engañe... me muero!
- CARIDAD. ¡Ay de mí si me es infiel!

#### ESCENA IV.

---

Las mismas. NICOLÁS muy agitado y con el traje algo descompuesto entra precipitadamente.

- NICOLÁS. ¡Socorro! ¡Favor!
- CASTA. ¿Qué es eso?
- CARIDAD. ¿Qué te pasa?
- NICOLÁS. No lo sé;  
que me parece que emigro  
hoy mismo de Leganés.  
Prima, vengo horrorizado.
- CARIDAD. Pero sepamos de qué.
- NICOLÁS. Del manicomio. Tu cónyuge,  
queriéndome distraer,  
tuvo la buena ocurrencia  
—¡perdónele Dios amén!—  
de llevarme á ver los locos...  
¡Qué ratito! ¡Qué placer!  
Vimos el jardin... ¡Soberbiol  
La enfermería... ¡Muy bien!  
¡Órden completo! Admirable  
limpieza, celo, interes



por los enfermos. ¡Magnífico!  
 ¡Yo anhelaba enloquecer  
 sólo por gozar la calma  
 que en aquel sitio observé!...  
 Pero despues... ¡Dios eterno  
 lo que me pasó despues!...  
 Iba yo gastando bromas  
 con su marido de usted,  
 cuando al abrir una puerta  
 y traspasar su dintel,  
 me encontré con unos locos  
 —por lo ménos ocho ó diez,—  
 que al verme entrar se quedaron  
 pegados á la pared.  
 Quiero salir, mas mi primo  
 me cierra la puerta: al ver  
 los locos que estaba solo  
 acuden á mí en tropel.  
 Uno me tira del pelo,  
 otro me da un puntapié,  
 éste me cuenta una historia,  
 me aturde á gritos aquél.  
 Uno me hace que le bese  
 la mano, porque es el rey,  
 y al ver esto, otro colega  
 salta furioso sobre él.  
 Me interpongo entre los dos  
 para evitar un belen,  
 y todos conmigo cierran  
 con tenacidad cruel.  
 Se abre la puerta de pronto;  
 salgo diciendo: «dibré  
 el pellejo» y ¡zás! me encuentro  
 una mujer... ¡Qué mujer!  
 Un ángel; con voz melosa  
 me llama, caigo en la red,  
 voy tras ella fascinado,  
 nos hallamos unas seis  
 mujeres; todas me miran  
 con aire de estupidez..  
 De pronto dice una de ellas:

—«No me engaño, justo, es él.»  
 Y todas gritan á coro  
 llenas de furor:—«¡Él es!...  
 Ingrato, falso, perjuro,  
 traidor, apóstata, infiel.»  
 Hé aquí todos los epítetos  
 dulcísimos que escuché  
 con un acompañamiento  
 que puso en riesgo mi piel.  
 Locas de amor me pedían  
 cuentas de olvidada fe;  
 y como entre aquellas pobres  
 tenía yo dos ó tres  
 víctimas, en mi conciencia  
 se despertó un no sé qué,  
 que unido al martirio físico  
 me obligó á echar á correr  
 y á salir atropellando  
 diez loqueros, un bedel,  
 dos practicantes, un cura  
 y un teniente coronel  
 que manda, segun me han dicho,  
 el regimiento del rey.  
 Y aquí estoy, echando pestes  
 de su marido de usted,  
 del tuyo, del manicomio,  
 y de mí y de Leganés

CARIDAD. Pesada ha sido la broma.

NICOLÁS. Pero yo me vengaré.

CARIDAD. No, Nicolás; yo te ruego...  
 Quizás ellos sin querer  
 te dejaron..

NICOLÁS. No lo creas:  
 era con *arriere pensée*.

CASTA. ¿Qué dice usted?

NICOLÁS. Que lo habian  
 pensado con madurez.  
 Y esto no se hace conmigo.

CARIDAD. Mas...

NICOLÁS. Me decido á *filer*,  
 y no pido satisfagan

ofensas de este jaez  
 porque tú medias, si no  
 verían.

- CARIDAD. No puede ser;  
 tú no te marchas.
- NICOLÁS. Yo, prima...
- CASTA. No, no se marcha.
- NICOLÁS. ¿Por qué?
- CASTA. Porque hace falta.
- NICOLÁS. ¿Yo falta?
- CARIDAD. Sí, Nicolás.
- NICOLÁS. ¿Pero á quién?
- CASTA. Es usted muy pillo.
- NICOLÁS. ¿Cómo?
- CARIDAD. Sí, Nicolás.
- NICOLÁS. (¡Oh *bonheur!*  
 ¡Me suplica que me quedel  
 ¡Ah, primo, ya me vengué!)
- CARIDAD. (Empiece usted.) (A Casta.)  
 (A Nicolás.) Hasta luégo.
- NICOLÁS. ¡Qué! ¿Te vas? (Sorprendido.)
- CARIDAD. Vengo despues  
 y hablaremos mucho... mucho.
- NICOLÁS. Corriente, te esperaré.  
 (Pues señor, ya la he flechado.  
 Otra más; ¡pobre mujer!)

## ESCENA V.

Doña CASTA y NICOLÁS.

- CASTA. ¿Conque tan mala pasada  
 le han hecho á usted?
- NICOLÁS. Sí, en verdad;  
 y no esperaba yo eso  
 de una gente tan formal.
- CARIDAD. En cuanto á su primo, pase;  
 pero lo que es mi Fabian,  
 por más que él es muy bromista  
 cuando tiene intimidad

- con las personas...
- NICOLÁS. *¡Mon Dieu!*  
no trataré de intimar  
yo con él.
- CASTA. Por fuerza ustedes  
se conocían...
- NICOLÁS. No.
- CASTA. *¡Bah!*  
de fijo.
- NICOLÁS. Se lo aseguro
- CASTA. *¡Ya está usted buen perillan!*
- NICOLÁS. *¡Señoral...*
- CASTA. No, no me ofende...  
lo encuentro muy natural;  
jamás un lobo á otro lobo...  
Por mí puede usted hablar;  
yo no me asusto de nada.
- NICOLÁS. *¡Ya lo creo! (¡Un carcamal!)*
- CASTA. Yo no soy como son otras...  
por ejemplo... Caridad.
- NICOLÁS. Hablemos de ella.
- CASTA. Sí, hablemos.  
La infeliz está en un ¡ay!  
pues piensa que Federico  
estuvo anoche en el Real.
- NICOLÁS. *¡Hola! ¡Hola! ¿Esas tenemos?*
- CASTA. Yo la digo:—«Eres lo más  
tonta... á mí me importaría  
poco que fuera Fabian.»  
*¿Usted le vió!*
- NICOLÁS. *¿Yo? ¿Y á quién?*
- CASTA. A mi marido.
- NICOLÁS. *(¡Ay! ¡ay! ¡ay!...*  
conozco el juego... *¡Ay, doctor,*  
*que me la vas á pagar!)*  
Doña Casta, usted comprenda  
con su gran sagacidad  
el terrible compromiso  
en que me pone: faltar  
no me es dado á los deberes  
sagrados de la amistad,

ni hacer traicion á una dama tan recomendable y tan digna por todos conceptos de respetabilidad.

(Esta mujer, cuando jóven, debe haber sido tal cual.)

CASTA. Eso es decirme que estuvo.

NICOLÁS. No, señora, esto es callar.

CASTA. ¡Vaya si estuvo! De fiijo. No me diga usted el disfraz; iria vestido de oso.

NICOLÁS. Hablemos de Caridad.

CASTA. No tal: hablemos del baile.

NICOLÁS. Yo creo que este *menage* no está bien.

CASTA. (¡Cómo me mira!

¡Ni que me fuera á tragar!)

NICOLÁS. ¡Ay, señora, qué maridos hay por esos mundos!

CASTA. ¡Ay!

¡A quién se lo cuenta!...

NICOLÁS. Olvidan

su amor, la fidelidad jurada, y corren en busca de un desdichado ideal abandonando por él la agradable realidad.

CASTA. (¡Y cómo me mira!)

NICOLÁS. A veces

siento una angustia mortal cuando pienso en que muchísimos dejan su felicidad,

y yo que la busco ansioso

jamás la puedo encontrar.

¡Si yo fuera un Federicol!...

¡Si yo fuera un don Fabian!...

¡Ay, señora, usted me entiende!

CASTA. (¡Huy! ¡Se me va á declarar!

Este chico es peligroso.

¡Jesus!...)

NICOLÁS. Yo nó puedo más.

- ¡Quiero otro goce más íntimo!  
 ¡Quiero otro amor celestial!
- CASTA. ¡Don Nicolás! (¡Ay Dios mío!...  
 ¡Yo no sé lo que me da!...  
 ¡Nunca me vi en estos lances!  
 ¡Si no me han hecho jamás  
 el amor! (Mirándole.) ¡Y es muy reguapo!  
 ¡Jesus! ¡Qué barbaridad!)
- NICOLÁS. Conque, doña Casta...
- CASTA. ¡Basta!  
 ¡Calle usted, don Nicolás!...  
 (¡Dios eterno! ¡Que estas cosas  
 me sucedan á mi edad!)
- (Váse por la primera puerta izquierda.)

## ESCENA VI.

---

NICOLÁS. En seguida Don FABIAN y FEDERICO.

- NICOLÁS. ¡Ahora se lo dice á ella!  
 ¡Si soy de lo más truhan!  
 ¡Ah! ¡Mi víctima!... ¡Silencio! (Se sienta.)
- FEDER. (A Don Fabian.)  
 ¿No se lo dije? Aquí está.
- FABIAN. (A Federico.)  
 Observe usted. ¡Le delata  
 su misma tranquilidad!  
 ¡Después de lo que ha ocurrido,  
 ese hombre debiera estar  
 furioso! En fin... ya veremos...
- FEDER. ¡Hola, chico!
- NICOLÁS. ¡Hola! ¿Y qué tal  
 la inspección?
- FABIAN. ¡Perfectamente!
- FEDER. ¿Estás enfadado?
- NICOLÁS. ¡Quiá!...
- FABIAN. ¿No le afectó el espectáculo?
- NICOLÁS. ¿Qué me había de afectar?  
 ¡A mí no me afecta nada!
- FABIAN. (Esa insensibilidad

suele ser el primer síntoma de enajenacion mental.)

NICOLÁS. Conque si ustedes no mandan otra cosa...

FEDER. ¿Qué? ¿Te vas?

NICOLÁS. Voy á escribir una carta...

Pronto despacho. *Au recevoir.*

(Aparte al salir.)

(¡Del doctor me venga él:

de mi primo, Caridad!) (Váse.)

## ESCENA VII.

Dichos ménos NICOLÁS.

FABIAN. Yo creo que está maniaco.  
Siempre ese empeño tenaz...  
el amor y las mujeres.

FEDER. Pues entónces, los demas  
no estamos cuerdos tampoco.

FABIAN. A propósito: ¿me hará  
usted el favor de darme  
dos botellas de *Champagne*?

FEDER. Sólo tengo una, y por cierto  
empezada á descorchar.

FABIAN. Mucho mejor; se destapa  
con mayor facilidad.  
Ceno esta noche con ella,  
y como en este lugar  
no hay...

FEDER. ¿Y el *Châmpagne*?

FABIAN. ¡La entusiasma!  
Eso y el opponax.

(Dándole á oler un pañuelo.)

FEDER. ¡Conque esta noche una orgia!

FABIAN. ¡Silencio!

FEDER. ¡Somos un par  
de sátrapas, que engañamos  
á toda la humanidad!

FABIAN. ¿Me da usted esa botella?

FEDER. ¡Picaron... vamos allá!

## ESCENA VIII.

Dichos y GARIDAD.

CARIDAD. ¿Ya de vuelta?

FABIAN. Sí, señora:  
ya de vuelta.

CARIDAD. ¿Y Nicolás?

FEDER. Se ha marchado hace un momento.

CARIDAD. ¡Está loco!

FEDER. Es natural.

CARIDAD. ¿De furor?

FABIAN. ¡De la cabeza!

CARIDAD. ¿Qué dice usted?...

FEDER. Don Fabian  
se empeña en que está tocado.

CARIDAD. ¡Qué horror!

FABIAN. Usted lo verá.

CARIDAD. Pero...

FABIAN. El ojo de la ciencia  
jamás se engaña: ¡jamás!  
Si hoy en día faltan pruebas,  
el tiempo nos las dará.

FEDER. ¿Doctor, viene usted conmigo  
á discutir ese plan?

CARIDAD. ¿Cómo es eso? Un plan...

FEDER. Sí, hija,  
todo un plan electoral.

CARIDAD. Pues nada me habías dicho...

FEDER. Hasta asegurarme más...  
Pretende que sea alcalde,  
y yo...

FABIAN. Se resignará.

(Vánse los dos por la primera puerta derecha.)



## ESCENA IX.

---

CARIDAD sola.

Me alegraré que le elijan...  
Así tendrá en qué pensar,  
y cuanto más ocupado  
ménos se me distraerá.

## ESCENA X.

---

CARIDAD y NICOLÁS foro izquierda.

NICOLÁS. (Está sola. Llego á tiempo.  
Audacia y serenidad.)  
¡Caridad!

CARIDAD.               ¿Dónde te has ido?  
Casi te he podido ver  
desde el día en que has venido.  
De fijo estás aburrido;  
pero, hijo, ¿cómo ha de ser?  
Ten un poco de paciencia  
y que nuestro afecto cure  
tu fastidiosa dolencia,  
que al fin y al cabo, en conciencia,  
no hay mal que cien años dure.

NICOLÁS. Por Dios, voy á regañar  
contigo si hablas así.  
¿Cómo has podido pensar  
que me pueda fastidiar  
estando cerca de tí?

CARIDAD. Gracias.

NICOLÁS.               Tú mi sentimiento  
cambias; hablo con franqueza.  
Achacas á aburrimiento  
mi mal, y lo que yo siento  
no es eso, sino tristeza.

CARIDAD. ¿Tristeza? ¡Jal ¡jal ¡Esto es bueno!

- ¡Y lo dices tan sereno!  
 NICOLÁS. Si tal; perdí mi reposo,  
 porque voy siendo envidioso...  
 CARIDAD. ¿Tú? ¿Y de qué?  
 NICOLÁS. Del bien ajeno.  
 CARIDAD. No entiendo...  
 NICOLÁS. Me explicaré...

Por largo tiempo he vivido  
 sin saber por qué,  
 dando mi dicha y mi fe  
 y mi pasado al olvido.  
 Feliz, aunque atolondrado,  
 juzgaba mi dicha cierta;  
 pero hoy al verme á tu lado  
 siento que en mí se despierta  
 el recuerdo del pasado.

(Breve pausa; Nicolás se aproxima más á Caridad.)

En Córdoba la oriental,  
 y en su caprichosa sierra,  
 cuya belleza ideal  
 nos da un reflejo en la tierra  
 del paraíso inmortal;  
 hay una huerta encantada  
 que labraron mis mayores,  
 donde con tu tia amada  
 pasabas la temporada  
 deliciosa de las flores.  
 Tú eras niña; yo mozuelo;  
 creció allí nuestro cariño  
 lleno de bendito anhelo,  
 que hay un no sé qué del cielo  
 en los afectos del niño.  
 Yo á mis amigos dejaba  
 por verte á tí, prima mia;  
 jamás con ellos jugaba,  
 y sólo contento estaba  
 al verme en tu compañía.  
 ¡Aún recuerdo! ¡Qué hechicera!  
 Con flores de primavera  
 te hacías bella guirnalda,  
 dejando tu cabellera

suelta en rizos por la espalda.  
 Por aquel jardín florido  
 corrías que era un placer,  
 y tu juego preferido  
 era el llamarme marido  
 y llamarte mi mujer.

CARIDAD. ¡Es verdad!

NICOLÁS. ¿Te acuerdas?

CARIDAD. (Con ingenuidad.) Si.

¿No me tengo de acordar?  
 Y de que empecé á llorar  
 un día, porque te ví  
 con tu prima Inés jugar.  
 Inés, la morena aquella  
 tan esbelta y tan graciosa...

NICOLÁS. ¡Cállate; no me hables de ella!

¡Tan cursi!

CARIDAD. Pero tan bella  
 que parecía una rosa.

NICOLÁS. Yo sólo pensaba en ti;  
 tú eras siempre mi consuelo.

CARIDAD. ¡Calla! yo... ¡pobre de mí!...

NICOLÁS. En tí, prima, resumí  
 mi dicha, mi fe, mi cielo.  
 Fuíme á Sevilla á estudiar;  
 y no quiero recordar  
 entre estos sueños de ayer,  
 mi pesadumbre al marchar  
 y mi alegría al volver.

¿No es verdad?

CARIDAD. (Dando la mano á Nicolás.)

Pues ya lo creo:  
 yo te esperaba impaciente  
 sin comprender qué deseo  
 me obligaba á estar pendiente  
 todo el día del correo.  
 Cuando el criado venía  
 con tus cartas, de él detras  
 iba yo gritando: «Tía,  
 hay carta de Nicolás.»

NICOLÁS. ¡Y al verme, qué frenesí,

cuánta delicia y encanto!  
¿No te acuerdas, prima, dí?

CARIDAD. (Separándose de él.)  
Sí, me acuerdo, primo, sí;  
pero no me aprietes tanto.

NICOLÁS. Y decir... ¡Todo pasó!  
¡Pero no ha pasado, no!  
Aún puede volver quizás  
aquel tiempo.

CARIDAD. ¡Nicolás!...

NICOLÁS. Cuando tú veas que yo...

CARIDAD. ¿Qué es esto? ¿Qué estás diciendo?

NICOLÁS. Yo pudiera ser feliz  
si yo... si tú... Yo me entiendo.

CARIDAD. Primo, también yo comprendo  
que eres...

NICOLÁS. ¿Yo? ¿qué? (Con ansiedad.)

CARIDAD. (Después de reflexionar un momento.)

¡Un infeliz! (Váse.)

## ESCENA XI.

NICOLÁS con aire muy asombrado.

¡Que yo soy un infeliz!  
¡Un infeliz! No lo entiendo.  
¿Por qué habrá dicho tal cosa?  
¡Ah! ¡vamos! ¡Ya caigo! ¡Nécio!  
La extrañó sin duda alguna  
que me anduviera en rodeos  
y ese « infeliz » significa:  
« ¡Hombre, no seas majadero!  
¿por qué no dices *envido*,  
si me ves que estoy queriendo? »  
No puede ser otra cosa.  
Es fuerza ganar el tiempo  
perdido... La verdad... ella  
me infunde cierto respeto...  
Hay que buscar un recurso,  
pero un recurso supremo.

¡Ah! sí: ¡justo! ¡brava idea!  
 Aquí hay papel y tintero...  
 Voy á escribirla una carta.  
 Mejor serán unos versos.  
 Es más *chic*... ménos vulgar  
 y de mucho más efecto. (Escribiendo.)  
 Si yo me acordara... Sí.  
 Ya me acuerdo... ya me acuerdo. (Escribe.)

## ESCENA XII.

---

Dicho, Doña CASTA por la primera puerta izquierda.

CASTA. (Ahí está... pero no importa;  
 ya no dudo, ya no temo.  
 Ahora vengo de rezar  
 unos cuantos Padre nuestros  
 para que me libre Dios  
 de los malos pensamientos.  
 ¿Qué escribirá?)

NICOLÁS. Me ha salido  
 medianillo el tal soneto.

(Sin ver á doña Casta.)

Reminiscencias de niño.  
 Ahora busquemos un medio  
 de que llegue á poder suyo.  
 Aquí hay un libro de rezo.  
 Ce y eme: sus iniciales:  
 es el suyo... aquí lo dejo.  
 (Lo pone en el libro y váse.)

## ESCENA XIII.

---

Doña CASTA.

¡Dios mio, está apasionado  
 de mí! ¡Ay! Le compadezco,  
 que una pasión invencible

es atroz! ¿Y qué habra puesto  
 el infeliz en mi libro  
 de misa?... Veamos. ¡Cielos!  
 ¿Qué es lo que miro? ¡Una carta!  
 ¡Me escribel! ¡Qué atrevimiento!  
 ¡Oh! Yo no debo leerla...  
 A ver qué dice. «Soneto.»  
 ¡Calla! ¡versos!... ¡Ay! ¡á mí  
 me gustan mucho los versos!

(Leyendo.)

Tu ingenio, tu candor y tu belleza,  
 el amor engendraron que en mi pecho  
 oculto vive y vivirá, á despecho  
 de la ley que marcó naturaleza.

Si hoy la pasion á germinar empieza,  
 dentro del alma tomará gran trecho.  
 Nadie evita el amor ni nadie ha hecho  
 que al corazon le rinda la cabeza.

Más no temas, mi bien, que el desvario  
 de la pasion me ciegue de tal suerte  
 que provoque tu enojo y tu desvío.

Sabré callar por miedo de ofenderte,  
 que mi amor es inmenso como mio;  
 se contenta tan sólo con quererte.»

Ay, Dios... ¡qué pasion tan súbita!

¡Nunca! ¡jamás! Yo no puedo...

(Queda dudosa un momento contemplando el papel.)

## ESCENA XIV.

Dicha y Don FABIAN con una botella de *Champagne*.

FABIAN. ¡El caballo! ¡Buena marca!

CASTA. (¿Quién viene? ¡Jesus!)

(Esconde precipitadamente la carta.)

FABIAN. (¡Qué encuentro!)

(Haciendo lo mismo con la botella de *Champagne*.)

CASTA. ¡Hola! (Turbada.)

FABIAN. ¡Hola! (Idem.)

CASTA. ¿Dónde estabas?

- FABIAN. ¿Que dónde? Pues mira, vengo...  
de charlar... Y tú ¿qué hacías?
- CASTA. Yo, nada... matar el tiempo  
aquí...
- FABIAN. ¿Qué es lo que te ocurre?  
Parece que hablas con miedo.
- CASTA. No... yo... no... ¿Y de qué?
- FABIAN. ¡Pues claro!
- CASTA. Y tú ¿que tienes? Observo  
en tí un no sé qué...
- FABIAN. Pues nada...  
Yo, nada... (¿Dónde echo esto? (Por la botella.)  
¿Dónde estará ese maldito  
bolsillo que no le encuentro?)
- CASTA. Fabian, yo quiero decirte  
algo que pesa en mi pecho  
como una losa de plomo.
- FABIAN. ¡Calla! ¿Vuelves á los celos?
- CASTA. ¡He inspirado una pasión!
- FABIAN. ¡Imposible! Tu cerebro...  
se extravía... ¿Quién habría?...
- CASTA. Pues hay un jóven esbelto  
y elegante que me escribe  
declaraciones en verso.
- FABIAN. ¿Quién tiene valor?
- CASTA. Por Dios,  
no te exaltes. Así pruebo  
mi cariño. Toma. (Dándole el papel.)
- FABIAN. ¿Qué?  
¿Qué me das aquí? (Leyendo.) «Soneto.»  
¿Y quién es el desgraciado?
- CASTA. ¡Ten calma! Yo no le quiero.
- FABIAN. ¿Quién es?
- CASTA. Nicolás.
- FABIAN. (Con alegría.) ¡La prueba!  
¡Lo que es el ojo del médico!  
¡Federico! ¡Venga usted  
pronto aquí!
- CASTA. ¡Por Dios, silencio!  
¡Soy honrada!
- FABIAN. ¡Federico!

CASTA. ¡Caridad! ¡Ay! ¡Yo me muero!  
(Váse primera puerta izquierda.)

## ESCENA XV.

---

Don FABIAN, NICOLÁS y FEDERICO.

FEDER. ¿Qué ha ocurrido?

NICOLÁS. ¿Qué ha pasado?

FABIAN. ¡Pues lo que yo me temía!

Tiene una monomanía...

¡Está loco rematado!

NICOLÁS. ¡Delira usted!

FABIAN. No deliro.

¡Tengo pruebas!

NICOLÁS. ¿Qué ha de haber!...

FABIAN. ¿Que no? ¡Las va usted á ver!

(Salta el tapon de la botella que lleva en el bolsillo. Este juego es fácil de hacer con un sifon invertido y agua de Seltz.)

¡El *Champagne*!

## ESCENA XVI.

---

Dichos, Doña CASTA y CARIDAD.

CASTA. (Asustada.) ¡Gran Dios! ¡Un tiro!

¡Le mató!

FABIAN. ¡Está loco!

NICOLÁS. ¡Basta!

FEDER. ¡Don Fabian!

CARIDAD. ¡Qué disparate!

LAS DOS. ¡Loco!

FED. y NIC. ¡Loco!

FABIAN. ¡De remate!

¡Hace el amor á mi Casta!

(Procurando ocultar el *Champagne* que sale cada vez con más fuerza.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



# ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion.

## ESCENA PRIMERA.

---

FEDERICO y NICOLÁS.

- FEDER. Sí, chico, estoy aturdido.  
Aunque te juzgo un Tenorio,  
no creí que te atrevieras  
á fragatas de ese bordo.  
Cuidado que doña Casta...
- NICOLÁS. No tal; tiene buenos ojos  
y aún está conservadita...
- FEDER. ¿Me dirás que es un pimpollo?  
¡Qué diablo de enamorados!  
Nadie puede con vosotros.
- NICOLÁS. (¡No sospecha nada el pobre!)
- FEDER. Has descendido de un modo...  
atroz, chico, ¡desde aquello  
de Lóndres y de Stokolmo!
- NICOLÁS. Confieso que anduve torpe.
- FEDER. ¡Escribirla!... ¡Estoy absorto!  
Eso lo hace un colegial;  
pero tú... pero nosotros  
que hemos corrido la tuna...
- NICOLÁS. Es verdad, estuve un poco...
- FEDER. Y don Fabian empeñado  
en llevarte al manicomio.
- NICOLÁS. El lance de la botella  
me salvó.
- FEDER. Fué portentoso.
- NICOLÁS. Pero un señor tan sesudo

como ese, ¿qué mil demonios iba á hacer con la botella?...

FEDER. ¡Escúchame, que es chistoso!  
Pero, por Dios, no descubras mi secreto...

NICOLÁS. Te respondo...

FEDER. Pues don Fabian, con ese aire tan formal y tan calmoso, es un pillete muy largo, es un tunante de á folio.

NICOLÁS. ¿Qué me cuentas?

FEDER. ¡Vaya! Tiene cada lio y cada embrollo...  
¡Ahora mismo, en Leganés, y en un sitio muy recóndito, tiene á su bella!

NICOLÁS. ¿Su bella? .

FEDER. ¡Segun me ha dicho, un pimpollo!

NICOLÁS. Habrá que indagar...

FEDER. ¡Tunantel  
Arma el escándalo gordo á su mujer con tu carta, y con humos de celoso puede con más libertad dedicarse...

NICOLÁS. ¿A qué?

FEDER. A lo otro.

NICOLÁS. Pues mira, yo no permito que haya en ese matrimonio disgustos por esa causa, y voy á evitar...

FEDER. ¡Qué tonol...

¿Dónde vas?

NICOLÁS. A ver á esa mujer.

FEDER. ¿Doña Casta?

NICOLÁS. ¡Tonto!

¡A la otra!

FEDER. Ah, no, perdona.

¡Antes estoy yo!

NICOLÁS. ¿Qué? ¡Cómo

te atreves!...

FEDER. (Bajando la voz.) ¡Sé donde vive!

NICOLÁS. Te acompañaré.

FEDER. ¡Un demonio!

¡No, chico; tú eres terrible!

¡Si te ve, lo pierdo todo!

NICOLÁS. Pero...

FEDER. Tú... con Caridad,

—necesito de tu apoyo,—

la entretienes... la distraes...

NICOLÁS. Pero...

FEDER. Vamos... (Suplicante.)

NICOLÁS. (Con aparente resignacion.)

¡Me conformo!

## ESCENA II.

Dichos y CARIDAD.

CARIDAD. ¿Estábais de conferencia?

Pues me retiro si estorbo.

FEDER. Estaba echando un sermón

á tu primo: es un Tenorio,

y ya no respeta edades

ni estados.

CARIDAD. (Con cierta intencion.)

¡Ya le conozco!

¡Y sé que es capaz!

NICOLÁS. ¡No, prima!

CARIDAD. Sí, primo; capaz de todo.

NICOLÁS. (¡Está celosa!) No creas...

CARIDAD. Algo más respetuoso

te juzgaba.

NICOLÁS. Yo...

CARIDAD. Mi casa

necesita más decoro.

FEDER. Me ha prometido la enmienda.

NICOLÁS. (A Caridad.)

Pero tú á ese vejestorio



- qué nos juramos los dos?  
 FEDER. Eterna fidelidad  
 y amor eterno; y por mí  
 cumplo fielmente.
- CARIDAD. ¡No!  
 FEDER. Sí.
- ¡Te lo juro!
- CARIDAD. ¡No es verdad!
- FEDER. ¿Que no, dices?
- CARIDAD. Oye atento  
 y modera tu impaciencia,  
 porque nuestra conferencia  
 será cuestion de un momento.  
 ¿Te he ofendido yo quizás,  
 sin querer?...
- FEDER. Nunca, soy justo.
- CARIDAD. ¿Te he dado yo algun disgusto  
 sin saberlo?
- FEDER. No, jamás.
- CARIDAD. Entónces...
- FEDER. Son bien extrañas  
 tus preguntas... no concibo...
- CARIDAD. ¿Por qué sin darte motivo  
 no me quieres y me engañas?
- FEDER. ¿Que yo?... ¡no me hables asil!
- CARIDAD. ¿Tú no estuviste en el Real?
- FEDER. Al lado de Sandoval  
 me pasé la noche.
- CARIDAD. Sí:  
 pero ¿dónde?
- FEDER. ¿Estás de guasa?  
 Pues, hija, naturalmente  
 cuando está enferma la gente  
 se suele estar en su casa.
- CARIDAD. ¿Nada más me dices?
- FEDER. No. (Pausa.)
- CARIDAD. No te juzgué tan sereno.
- FEDER. Mas...
- CARIDAD. Sandoval está bueno  
 y fué al baile.
- FEDER. (Turbado.) (¡Me pilló!)

No... yo... ya ves... (¡Me aturullo!)  
 CARIDAD. ¡Federico!

FEDER. ¡Caridad!

Bien, fui al baile, es la verdad;  
 ¿para qué tanto barullo,  
 tanto embolismo y embrollo?...  
 Perdóname mis engaños.  
 ¡Hacia ya tantos años  
 que no la echaba de pollo!...  
 Sandoval fué quien me instó:  
 luché, pero sucumbí;  
 á la tentacion cedi  
 porque soy muy débil yo.  
 Ya descargué mi conciencia  
 y lo dije todo; ahora  
 que tenga mi confesora  
 un poquito de indulgencia.  
 Que encuentre en mi contrición  
 disculpa y en mi franqueza.  
 Pequé, mas por ligereza,  
 nunca por mala intencion.

CARIDAD. ¿De veras?

FEDER. Te lo aseguro.

CARIDAD. ¿No serás reincidente  
 nunca?...

FEDER. ¡Nunca!

CARIDAD. ¿Lealmente  
 me lo juras?

FEDER. Te lo juro.  
 Si mi carácter me lleva  
 á hacer cualquier tontería,  
 no es por faltarte, hija mia.

CARIDAD. Pero...

FEDER. Desde hoy vida nueva.

CARIDAD. Sí.

FEDER. Nada de divagar  
 ni de vivir en un tris:  
 me consagro á mi país,  
 á mi mujer y á mi hogar.  
 Adios, bien mio.

CARIDAD. ¿Te vas?

- FEDER. Sí, hija mia, es necesario...  
Tengo un terrible adversario:  
el hijo de don Tomás.  
¡Pero triunfaré en la empresa!
- CARIDAD. ¿Quién le mete?...  
FEDER. Cuestion es  
de amor propio.
- CARIDAD. Vete, pues.
- FEDER. Adios... futura alcaldesa.  
(Siento así cierto escozor... (Al salir.)  
mas... ¡qué diablos! nada, nada...  
¡Mi última calaverada  
la va á pagar el doctor!) (Váse.)

### ESCENA IV.

---

CARIDAD.

¿Por qué tomar á desaire  
ni juzgar crimen nefando  
que quiera de vez en cuando  
echar una cana al aire?  
No, no; sincera es su enmienda,  
en él debo confiar,  
que á veces por refrenar  
mucho, se rompe la rienda.  
Que salga y éntre á su antojo,  
que sepa que no le riño;  
que halle en su casa el cariño  
en vela, nunca el enojo;  
de este modo, detener  
podré su vuelo quizá;  
y si alguna vez se va,  
volverá: ¿no ha de volver?

### ESCENA V.

---

Dicha y Doña CASTA muy compungida y llorosa.

- CASTA. ¡Ay, Caridad!
- CARIDAD. ¡Doña Casta!...
- CASTA. Aquí vengo al buen tun tun...

Estoy enferma, sí, enferma;  
me va á dar la *coqueluche*.

CARIDAD. ¡A su edad!

CASTA. ¡Ay, hija mia!

Tu primito, el andaluz,  
ese señor diplomático  
que confunda Belcebú,  
es quien causa mi desgracia  
con sus versitos y sus...

CARIDAD. Pues ¿qué pasa?

CASTA. Mi marido,  
sin decir siquiera «agur»,  
se ha marchado ayer de casa.

CARIDAD. ¡Dios mio!

CASTA. Y no ha vuelto aún.

Él no está en el manicomio,  
ni en la botica del Sud,  
ni en casa de doña Paca...  
Ya sabes, la de Gallur,  
la viuda de aquel sujeto  
que murió en Calatayud  
de resultas del trancazo...  
que le dió su prima Cruz.  
¡Me abandona! Se separa  
de mi lado... ¡Ya ves tú  
qué injusticia!

CARIDAD. Don Fabian  
tiene sentido comun  
y no habrá dado ese paso,  
que sólo la juventud  
con sus arrebatos puede  
disculpar.

CASTA. Eso segun...

¡Es un Otelo!

CARIDAD. No importa:  
al cabo se hará la luz  
y verá que usted es buena.

CASTA. Siempre calmas mi inquietud.  
¡Dios te lo pague!

CARIDAD. Y ahora  
para que termine su



disgusto, debo decirla  
que es inocente.

CASTA. ¡Ay, Jesus!

CARIDAD. Que no fué al baile.

CASTA. ¡Dios mio!

CARIDAD. Fué Federico.

CASTA. ¡Qué albur!...  
¡Me alegro! Digo, lo siento...  
Eres la misma virtud  
y me pesa que te engañe.

CARIDAD. Me lo ha confesado.

CASTA. ¿Y tú?...

CARIDAD. Le he perdonado.

CASTA. Mal hecho.

CARIDAD. ¡No tall!

CASTA. Tu marido es un...

CARIDAD. ¡Un infeliz!

CASTA. ¡Sí! Me marchó.

Ya no puedo hallar quietud  
hasta que á Fabian no encuentre.  
Hasta que, viéndome en cruz,  
me perdone... ¡Pobrecillo!  
¡Y dudé de su virtud!  
No merezco tal esposo...  
¡tan fiell... ¡Huy! ¡el andaluz!  
¡Me voy, me voy!...

CARIDAD. ¡Doña Castal!

CASTA. No... no quiero verle.. Agur. (Vase.)

## ESCENA VI.

CARIDAD y NICOLÁS.

NICOLÁS. ¿Cómo? ¿Se marcha de aquí  
porque yo vengo?

CARIDAD. Quizás.

NICOLÁS. Qué ocurrencia.

CARIDAD. ¡Nicolás!...

NICOLÁS. ¿Por qué se asusta de mí?

CARIDAD. ¡Asustarse! ¡Qué bobada!

Tu presencia la disgusta.  
 Por lo demas, no se asusta  
 la mujer cuando es honrada.

NICOLÁS. Pues celebro su ocurrencia:  
 solos otra vez nos vemos,  
 y así reanudar podremos  
 la pasada conferencia.

CARIDAD. Eso mismo ansío yo.

NICOLÁS. ¡Tal dicha el alma no creel

CARIDAD. ¿Por qué extrañas que desee  
 lo que tú deseas?

NICOLÁS. ¡Oh!

¿Conque viendo mi ternura  
 quieres mi ventura hacer?

CARIDAD. Necesito ántes saber  
 en qué estriba tu ventura.

NICOLÁS. Te lo dije el otro dia,  
 y estaba, prima, en un potro,  
 viéndote esposa de otro,  
 cuando debiste ser mia.  
 Quise callar y no pude:  
 quise vencer mi pasion,  
 pero al fin el corazon  
 los férreos lazos sacude  
 con los que la sociedad  
 quiso sujetarle en vano.  
 ¡El amor es un tirano  
 que impone su voluntad!  
 Sospecho, y no sin razon...  
 perdona que ya concluyo,  
 que como es el mio tuyo,  
 es mio tu corazon.

Mírame á tus piés rendido:  
 te lo ofrezco... ¡sé clementel

CARIDAD. No hay más que un inconveniente...

NICOLÁS. ¿Cuál?

CARIDAD. Que quiero á mi marido.

NICOLÁS. ¿De veras?

CARIDAD. ¡No lo ha de ser!

NICOLÁS. Mas...

CARIDAD. Como lo estás oyendo.

NICOLÁS. (Pues señor, voy presumiendo que no me ama esta mujer.)

CARIDAD. Ja, ja, ja... te ha chocado que te escuche con tal calma...

¡Ay, primo mio del alma!...

¡tú vives muy engañado!

Tú piensas que no hay mujer que no se prenda en tus trabas, y hay muchas que son esclavas del cariño y del deber.

Y no pienses que me ofenda lo que me has dicho, no tal; en el mundo cada cual tiene marcada su senda.

Tú la ostentacion, el ruido; placeres y amor sin tasa:

yo la quietud de mi casa y el amor de mi marido.

Y he de decirte una cosa de placer el pecho lleno, y es que Federico es bueno y le quiero y soy dichosa.

NICOLÁS. ¿Qué dices? ¡De tal falsía no he de ser cómplice yo! ¡Federico mientel!

CARIDAD. ¡No!

NICOLÁS. ¡Fué al baile!

CARIDAD. Ya lo sabía.

NICOLÁS. ¿Cómo?...

CARIDAD. Sí... me lo ha contado...

NICOLÁS. Pero...

CARIDAD. Sé sus travesuras.

NICOLÁS. Pero tú no te figuras lo que en el baile ha pasado. Sabe, pues, que...

CARIDAD. Nicolás, (Severa.) inútil fuera insistir: ni más me debes decir, ni te debo escuchar mas.

NICOLÁS. Es que yo...

CARIDAD. Emplea tus ocios

- FEDER. Para dar una leccion  
á ese torpe descreido,  
permite que tu marido  
te estreche á su corazon.
- CARIDAD. ¡Ah!
- FEDER. (Abrazándola.)  
¡Que rabie! ¡Esto es el cielo!
- CARIDAD. Pero, dí: ¿dónde has estado (oliendo.)  
que vienes tan perfumado?
- FEDER. ¡Quién yo!...
- CARIDAD. Tú hueles...
- FEDER. ¿Yo huelo?..
- CARIDAD. Tú hueles... No hay duda. Ven,  
Nicolás.
- FEDER. Pero, hija mia;  
qué manía...
- CARIDAD. ¡No es manía!...
- NICOLÁS. (Oliéndole.)  
¡Chico, tú hueles muy bien!
- CARIDAD. ¡Y no es aroma vulgar!

## ESCENA VIII.

Dichos y Don FABIAN.

- FEDER. Pero...
- CARIDAD. Doctor...
- NICOLÁS. (Con fruicion.) (¡Infeliz!)
- CARIDAD. ¿Tiene usted buena nariz?
- FABIAN. (Llevándose la mano á ella.)  
Una cosa regular...
- CARIDAD. Huela usted á mi marido...
- FABIAN. ¡Señora!
- CARIDAD. ¡Yo se lo ruego!
- NICOLÁS (¡Jal ¡jal ¡jal)
- FEDER. (¡Si habla le pegol)
- FABIAN. (Encogiéndose de hombros.)  
Olamos...  
¡Qué! (Sorprendido.)
- FEDER. (¡Estoy perdido!  
(Tratando de disculparse.)

(¡Don Fabian!

FABIAN. ¡No me revele  
usted nada... nada escuchol...)

CARIDAD. ¿No es verdad que huele mucho?

FABIAN. ¡Señora, vaya si huele!

FEDER. ¿Y qué?

FABIAN. ¿Cómo... y qué?

FEDER. ¿Quizás

esto es raro? No lo entiendo...  
¿Es algun caso estupendo  
que huela yo á oppoanax?  
¿Quieren ustedes que yo  
use almizcle... bergamota?...  
¿Soy un cursi?

NICOLÁS. Ya se nota  
que eres hombre *comm'il faut*.

CARIDAD. (Nerviosa.)  
Es verdad... si... justamente:  
no debe extrañarnos nada...  
en Leganés es muy dada  
al oppoanax la gente...  
como eso lo dan de balde,  
aquí se emplea de un modo  
que da gusto... sobre todo,  
siempre que se vota alcalde.  
Tú hace un momento te fuiste  
de aquí sin oler á nada,  
y ahora dejas perfumada  
la estancia... y eso consiste...  
(Movimiento en Federico.)  
No, no... si ya lo adivino,  
en que aquí el ayuntamiento  
es tan pulcro, tan atento,  
y sobre todo, tan fino,  
tan *chic*... que siempre que vas  
tiran alforjas y mantas  
y te ofrecen unas cuantas  
gotitas de oppoanax.  
¡Jal ¡jal ¡jal yo no sabía  
que hubiera aquí tal costumbre...  
y no me da pesadumbre,

que si tal galantería  
suelen contigo tener  
y una distincion como esa,  
digo, digō... ¡A la alcaldesa  
cómo la van á poner!

Por desgracia, aunque es muy bueno  
ese perfume... desde ahora...

(Con repugnancia.)

Como yo soy labradora,  
á mí me gusta el de heno.  
Procura, pues, que no llegue  
á penetrar en mi estancia;  
porqué esa dulce fragancia  
me... No extrañes que te ruegue  
que ocultes bien el pañuelo,  
porque... En fin... basta de broma.  
Yo tambien tuve mi aroma;  
pero el mio voló al cielo. (Váse.)

## ESCENA X.

NICOLÁS, FEDERICO y Don FABIAN.

Momentos de pausa. Nicolás y Federico se contemplan. Don Fabian prosigue ensimismado.

- FEDER. (A Nicolás, cruzándose de brazos.)  
¡Que sufra yo estos percances!..
- NICOLÁS. (Idem á Federico.)  
¡Que un marido tan corrido  
como tú, sea un marido  
que le ocurran estos lances!
- FEDER. ¿Quién iba á acordarse ahora?...
- NICOLÁS. ¡Nada: te pilló en la red!
- FABIAN. (Cruzándose también de brazos.)  
¿Cómo ha penetrado usted  
en casa de esa señora?
- FEDER. Don Fabian... yo le aconsejo...
- FABIAN. Yo me habia confiado

- á usted, y usted me ha faltado.  
 FEDER. ¡Don Fabian!  
 FABIAN. Mas no me quejo.  
 Yo me he abierto el precipicio.  
 Le dije á usted que es muy bella,  
 y usted ha pensado en ella,  
 y se le ha turbado el juicio.  
 Pero ella, que libre está  
 de esa accion perturbadora...  
 FEDER. Sepa usted que esa señora...  
 FABIAN. Las razones me dirá.  
 FEDER. Yo las diré.  
 FABIAN. No lo extraño:  
 que he aprendido en mi ejercicio  
 que se aclara mucho el juicio  
 cuando se aplica al engaño.  
 FEDER. Yo le quiero á usted contar  
 lo que usted debe saber.  
 FABIAN. ¿Y si no lo he de creer,  
 para qué lo he de escuchar? (Váse.)  
 FEDER. ¡Pues abur! (Se pasan.)

## ESCENA X.

NICOLÁS y FEDERICO.

- NICOLÁS. ¡Quién no presume  
 el percance con mi prima  
 Caridad! ¡Llevar encima  
 ese delator perfume!  
 FEDER. ¡Estoy dado á Barrabás!  
 NICOLÁS. ¡El traspies es de los buenos!  
 Pero, en fin, del mal el ménos;  
 chico, una conquista más.  
 ¿Qué tal? (Abrazándole.)  
 FEDER. ¡Horrible! (Desesperado.)  
 NICOLÁS. ¿Qué?  
 FEDER. ¡Horrible!  
 NICOLÁS. ¿Qué dices?

- FEDER. No hay quien la aguante;  
y joven... como su amante.
- NICOLÁS. Pero muchacho... ¿es posible?
- FEDER. Te aseguro que la empresa...
- NICOLÁS. Pero ese desventurado  
¿cómo se halla enamorado  
de una mujer como esa?
- FEDER. ¿Qué sé yo? Estoy aturdido.  
Don Fabian y esa vision  
no se miran como son,  
que se miran como han sido.
- NICOLÁS. ¿Pero ella está enamorada?
- FEDER. ¡Qué disparate!
- NICOLÁS. ¿No invoca  
su amor? ¿No se finge loca?
- FEDER. Si es que lo está y rematada.  
Me vió, y gritó con encomio:  
«¡Qué hermosol ¡Qué hermoso estás!  
No te disfraces jamás  
de doctor del manicomio.»
- NICOLÁS. ¡Situacion más peregrinal
- FEDER. Y decia en tono blando:  
«Me gustas más estudiando  
tercero de medicina.»
- NICOLÁS. ¡Canario con don Fabian!...
- FEDER. Y añadió en són de reproche:  
«¡Que bien me tragiste anoche  
la botella de *Champagne!*»
- NICOLÁS. Se la bebió la levita  
de don Fabian, es lo mismo.
- FEDER. Por fin, en el paroxismo  
de su amor, se precipita  
á un cofrecillo de laca;  
saca un bote... á mí se llega...  
y, chico, como quien riega...  
una maceta de albahaca...
- CASTA. (Dentro.)  
¡Caridad!
- NICOLÁS. ¡Quién!
- FEDER. Me hago el sordo.



## ESCENA XI.

---

Dichos y Doña CASTA.

- CASTA. ¿Dónde está? Yo quiero hablarla,  
y decirla, y consultarla...  
¡Caridad!
- NICOLÁS. (¡El trueno gordo!)

## ESCENA XII.

---

Dichos y CARIDAD.

- CARIDAD. ¿Qué ocurre?
- CASTA. Que estoy en autos...  
¡Ay! ¡Por qué nos casaremos!  
(Se abraza á Caridad.)
- NICOLÁS. (A Federico.)  
(Creo que ya no tenemos  
necesidad de ser cautos.)
- CARIDAD. Pero diga usted si puede...  
(Consolando á Casta y obligándola á tomar asiento.)
- CASTA. Ustedes son mis amigos;  
sean ustedes testigos  
de lo que á mí me sucede. (Llora.)
- NICOLÁS. (¡Crece la nubl!)
- CASTA. ¡Qué chasco!  
(Volviendo á abrazar á Caridad.)  
¡Ay, hija, qué desgraciadas  
somos!
- CARIDAD. Sí... muy desdichadas. (Llora.)
- NICOLÁS. (¡Pues señor, rompió el chubasco!)
- FEDER. Calma...
- CASTA. ¡No, no me serenol
- FEDER. Pero quizás el doctor...
- CASTA. El doctor es un traidor  
disfrazado de Galeno.  
(A Caridad.)  
Ya sabes lo sucedido:

Yo me creía culpada  
por la sospecha infundada  
que de él había tenido.

CARIDAD. Ya sé...

CASTA. Y como es regular,  
quise curarle la herida,  
y me pregunté en seguida:  
¿dónde le voy á buscar?  
¿Dónde? ¡Pues dónde ha de ser!  
¡A casa de esa demente,  
que segun dice la gente  
es una pobre mujer  
que le ha dejado un Romeo  
el corazon en pedazos,  
y que viene á echarse en brazos  
de la ciencia!... ¡Ya lo creo!  
Busqué su casa y entré  
despues de una lucha fiera...  
¡Tú no sabes qué manera  
de negármelo! Encontré  
á una mujer que quizás  
fué en su juventud hermosa,  
y que estaba muy furiosa,  
y que olía á oppoanax.

CARIDAD. ¡Cómol

CASTA. Al verme, en tono airado  
me dijo: «¿Dónde se esconde?  
¿Dónde está Fabian? Responde...  
¡Infame! ¡Me lo has robado!»  
¡Figúrate tú!... ¡A Fabian!  
¡Me quedé muerta!

CARIDAD. ¡Jesús!

CASTA. Y no me dió un patatús  
porque á mí nunca me dan.  
Situacion como la mia  
no se ha visto ni se ve,  
no es posible... Ella, de pié,  
mirándome me decia:  
«¡Tráigame usted al estudiantel  
Y yo que la contemplaba  
con terror... la contestaba:

«Sí, señora, sí... al instante...  
espérele usted aquí...  
se lo traeré de contado...»

(Con exaltacion.)

¡Y se lo hubiera llevado!

¿Qué iba á hacer, triste de mí? (Pausa.)

FEDER.

Doña Casta... esto requiere  
prudencia... filosofía...  
resignacion... Yo sabia  
todo lo que usted refiere...

¡Ejem!... Queriendo evitar  
un disgusto, he pretendido  
alejar de su marido  
á esa mujer singular.

Por desgracia... ¡ejem!... resulta...  
que esta accion... honrada en todo...  
se ha interpretado de un modo  
que me ofende... que me insulta...

Se me juzga delincuente...  
desleal... Se cree ahora  
que he ido á ver á esa señora  
por verla.

CASTA.

Probablemente.

CARIDAD.

Yo no he seguido tus pasos:  
si falté, perdona...

NICOLÁS.

(¡Infame!)

FEDER.

¡Es posible que yo ame  
á una vieja!...

CASTA.

Se dan casos.

(Doña Casta mira á Nicolás que da media vuelta.)

\*FEDER.

¿No es mi explicacion cumplida?

\*CARID.

¿Por qué no juzgarla cierta

\*

si con ella abro la puerta

\*

á una esperanza perdida?

\*CASTA.

Porque todos son iguales.

\*NICOL.

¡Doña Casta!...

\*FEDER.

¡La suplico!...

---

\* Los versos que tienen esta señal, pueden suprimirse en la representacion.

- \*CARID. Crea usted que Federico...  
 \*CASTA. Si engañan los carcamales  
 \* como el señor don Fabian,  
 \* y se van á picos pardos;  
 \* los jóvenes... los gallardos,  
 \* hija mia... ¿qué no harán?

### ESCENA XIII.

---

Dichos y Don FABIAN algo estropeado y con algunos rasguños en la cara. Entrará en escena en actitud reflexiva. Al verle todos guardan silencio. Doña CASTA llora y CARIDAD la consuela, tratando de contener sus sollozos. NICOLÁS no puede contener la risa y FEDERICO le tapa la boca, indicándole que sea prudente.

FABIAN. ¿Qué es la ciencia? ¡Una ilusion!  
 ¡La ciencia!... Miéntas creía  
 que esa mujer me quería,  
 presumí que su razon  
 estaba muy despejada...  
 y ahora... que no me ama ya...  
 es cuando veo que está  
 completamente *chiflada*.

(Doña Casta rompe á llorar.

¡Dios mio!... ¡Casta! (Acercándose.)

CASTA. ¡Bribon!

FABIAN. He faltado á mis deberes;  
 pero, Casta... si me quieres,  
 otórgame tu perdon.

CASTA. ¡Jamás!

FABIAN. ¡Sé piadosa!

CASTA. ¡Quita!

FABIAN. Ve que ofendes á los cielos  
 si sigues teniendo celos  
 de esa mujer. ¡Pobrecita!  
 En su cerebro dormido  
 yacia el monstruo latente...  
 se presentó de repente  
 un jóven desconocido  
 que trastornó su magin.

- FEDER (Haciéndole señas.)  
Ya sabe usted á qué fué.
- FABIAN. Sí, señor... sí que lo sé...  
¡Ya está usted buen galopin!
- CASTA. Como tú.
- FABIAN. Los dos iguales.
- FEDER. Es cierto, iguales los dos;  
pero que me niegue Dios  
sus venturas celestiales  
si vuelvo...
- NICOLÁS. (Con petulancia.)  
(¡Pobre muchacho!)
- FEDER. ¡Pues es una friolera!  
Me creía un calavera  
y resulto un mamarracho.  
No hay más, lo declaro así.  
(Al Doctor.)  
¿Y usted también lo declara?
- FABIAN. Contemple usted esta cara  
y que responda por mí.
- NICOLÁS. Según parece, eso ha sido  
una batalla campal.
- FABIAN. La he llevado al hospital...
- NICOLÁS. ¡Pobre mujer...!
- FABIAN. He ejercido  
mi penosa profesion  
por última vez.
- CASTA. ¿Qué escucho?
- FABIAN. Yo tengo mi honor en mucho:  
presento mi dimision.
- CASTA. Pero, hombre, se me figura...
- FABIAN. Me he engañado como pocos.  
¿Cómo ha de curar los locos  
quien hace tanta locura?
- FEDER. ¿Pero quién no se equivoca?...
- NICOLÁS. Yo no creo que eso importe.
- FABIAN. ¡Oh! sí; ejerceré en la corte.
- CARIDAD. (A doña Casta.)  
(Así no verá á la loca.)
- CASTA. (Mas si está tan acertado  
al curar las pulmonías,

- se va á quedar en tres dias  
todo Madrid despoblado.)
- CARIDAD. Don Fabian tiene talento  
y hará un capital enorme.
- CASTA. Preciso es que me conforme...
- FEDER. ¡Ah! Pero yo no consiento  
que ustedes salgan de aquí  
en una gran temporada,  
hasta que quede probada  
nuestra conducta.
- FABIAN. (Encogiéndose de hombros.)  
Bien.
- CARIDAD. (Con alegría.) Sí.
- FEDER. Nicolás será desde hoy  
testigo...
- CARIDAD. No: Nicolás  
se va en seguida...
- FEDER. ¿Te vas?
- CARIDAD. Me lo ha dicho...
- NICOLÁS. Sí, me voy  
de España...
- FEDER. ¿Por qué motivo?
- NICOLÁS. Quien se ha educado en París  
y Lóndres... Este país  
es un país primitivo.  
No hay placeres... No hay azares...  
Salvas ciertas excepciones...  
¡Qué maridos tan ramplones...  
qué mujeres tan vulgares!
- FEDER. ¿A tus paisanas acusas?  
La española...
- NICOLÁS. ¡Tontería!  
¡No he visto mujer más fria!  
¡Si conocieras las rusas!...  
¡Qué pasión!... ¡qué frenesí  
cuando te tienden la red  
de sus gracias!
- FABIAN. Diga usted:  
¿hay mucho médico allí?
- CASTA. ¡Ya piensa en hacerse ruso!...
- NICOLÁS. Véngase usted, que aunque haya...

CASTA. ¿Dónde quiere usted que vaya este vejestorio?

NICOLÁS. (Despidiéndose y dando á todos la mano.)

Excuso

decir á ustedes que en todas partes...

FEDER. ¿Te vas?

NICOLÁS. Al momento:

tengo que hacer.

FEDER. Mas...

NICOLÁS. Lo siento.

(Federico se dispone á acompañarle. Nicolás le detiene.)

Me enfado si te incomodas.

Prima... (Perdí la campaña; pero no me mortifica...

¡Qué lástima que esta chica haya nacido en Español!) (Váse.)

CARIDAD. (Al público.)

Señores: este sencillo juguete quiere probar que el mundo suele llamar listo al necio y bueno al pillo. No pretendo deshacer fama que supo adquirir quien tanto me hizo sufrir... al cabo... soy su mujer. Mas si lazos bendecidos imponen santos deberes, si es decoro en las mujeres la opinion de los maridos, sepan ustedes al ménos, —pues los tengo por leales, y me parecen formales, y deben de ser muy buenos,— que aunque estamos resignadas por los pasados deslices, ellos son los *infelices*, nosotras las *desgraciadas*.











